



AÑO DE LA FE

AÑO DE LA FE

Textos para alimentar la vida de fe

INTRODUCCIÓN



No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta (cf. Mt 5, 13-16). Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (cf. Jn 4, 14). (Porta Fidei, 3)

Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este Año. (Porta Fidei, 10)

Con estos dos pensamientos de la Carta Apostólica del Papa, al convocar el Año de la fe, os ofrecemos una serie de textos que os pueden ayudar a conocer, profesar, celebrar y vivir el tesoro de nuestra fe.

Son textos para la lectura, reflexión y oración, personal o en grupo. En general son puntos breves, pero de una gran densidad.

Están tomados, como veréis de fuentes selectas, que faciliten “acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente”.

Se trata de “redescubrir”, o quizás de descubrir por primera vez, esa luz que nos abre a las realidades divinas, en las que estamos sumergidos, y que nos esclarecen incluso la vida terrena y nos capacitan para vivir como hijos de la luz.

Estas páginas piden dedicar con asiduidad un tiempo diario que nos facilite irnos empapando del Mensaje para que germinen las mejores flores y frutos de la vida cristiana.



1. INAUGURACIÓN DEL AÑO DE LA FE

Homilía del Papa.-11 Octubre 2012

Queremos empezar estas páginas con unos pensamientos de la homilía de Benedicto XVI en la inauguración del Año de la Fe para centrar el interés de lo que este año nos propone y a lo que quieren ayudar precisamente estás páginas.

El Año de la fe que hoy inauguramos está vinculado coherentemente con todo el camino de la Iglesia en los últimos 50 años: desde el Concilio Pablo VI y el beato Juan Pablo II propusieron de nuevo a toda la humanidad a Jesucristo como único Salvador, ayer, hoy y siempre. Estos dos Pontífices convergieron profunda y plenamente en poner a Cristo como centro del cosmos y de la historia, y en el anhelo apostólico de anunciarlo al mundo. Jesús es el centro de la fe cristiana. El cristiano cree en Dios por medio de Jesucristo, que ha revelado su rostro. Él es el cumplimiento de las Escrituras y su intérprete definitivo. Jesucristo no es solamente el objeto de la fe, sino, como dice la carta a los Hebreos, «el que inició y completa nuestra fe» (12,2)...

Esta misión de Cristo continúa en el espacio y en el tiempo, atraviesa los siglos y los continentes. Es un movimiento que parte del Padre y, con la fuerza del Espíritu, lleva la buena noticia a los pobres en sentido material y espiritual. La Iglesia es el instrumento principal y necesario de esta obra de Cristo, porque está unida a Él como el cuerpo a la cabeza. «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Así dice el Resucitado a los discípulos, y soplando sobre ellos, añade: «Recibid el Espíritu Santo». Dios por medio de Jesucristo es el principal artífice de la evangelización del mundo; pero Cristo mismo ha querido transmitir a la Iglesia su misión, y lo ha hecho y lo sigue haciendo hasta el final de los tiempos infundiendo el Espíritu Santo en los discípulos, aquel mismo Espíritu que se posó sobre él y permaneció en él durante toda su vida terrena, dándole la fuerza de «proclamar a los cautivos la libertad... y proclamar el año de gracia del Señor»

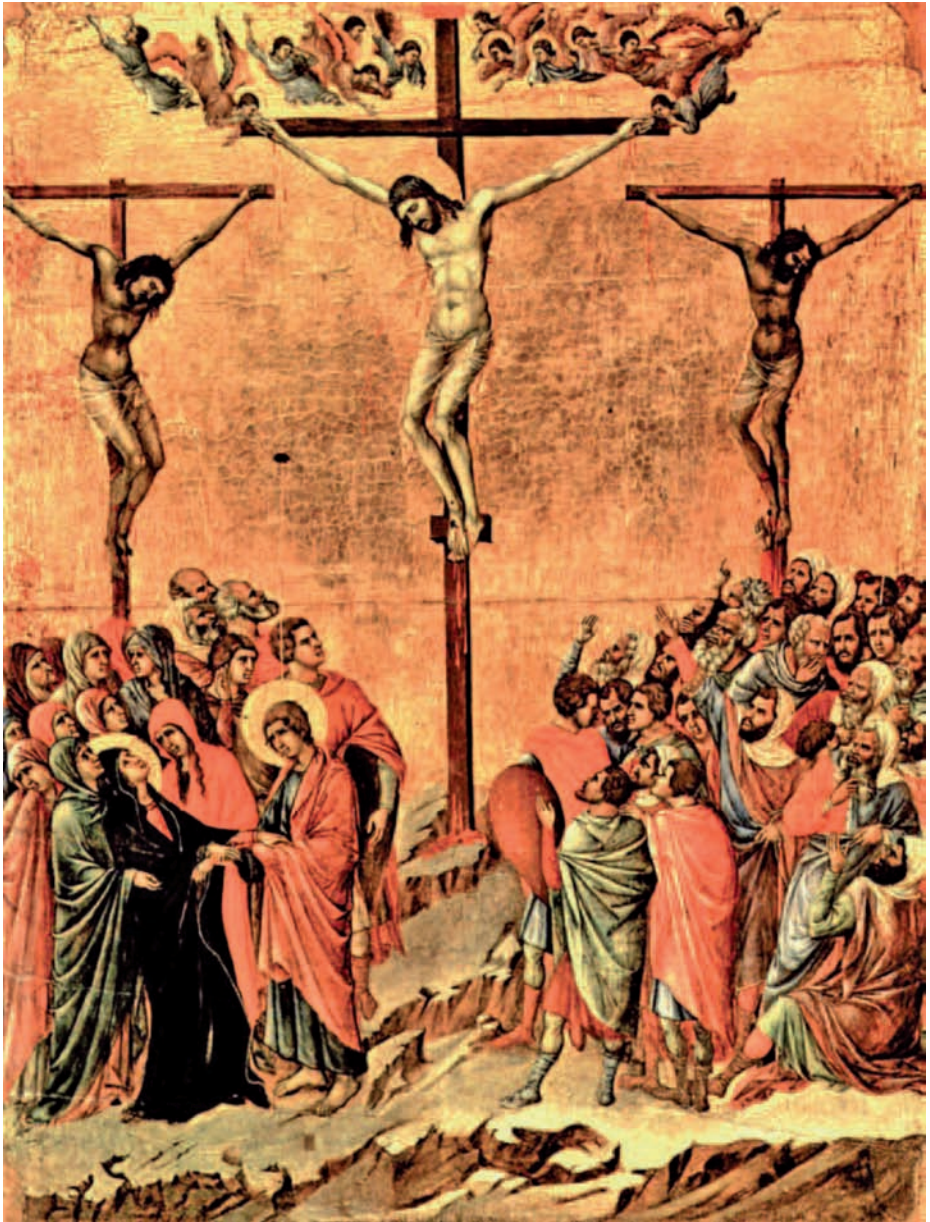
Durante el Concilio había una emocionante tensión con relación a la tarea común de hacer resplandecer la verdad y la belleza de la fe en nuestro tiempo, sin sacrificarla a las exigencias del presente ni encadenarla al pasado: en la fe resuena el presente eterno de Dios que trasciende el tiempo y que, sin embargo, solamente puede ser acogido por nosotros en el hoy irrepetible. Por esto mismo considero que lo más importante, especialmente en una efeméride tan significativa como la actual, es que se reavive en toda la Iglesia aquella tensión positiva, aquel anhelo de volver a anunciar a Cristo al hombre contemporáneo...

Si sintonizamos con el planteamiento auténtico que el beato Juan XXIII quiso dar al Vaticano II, podremos actualizarlo durante este Año de la fe, dentro del único camino de la Iglesia que desea continuamente

profundizar en el depósito de la fe que Cristo le ha confiado. Los Padres conciliares querían volver a presentar la fe de modo eficaz; y si se abrieron con confianza al diálogo con el mundo moderno era porque estaban seguros de su fe, de la roca firme sobre la que se apoyaban. En cambio, en los años sucesivos, muchos aceptaron sin discernimiento la mentalidad dominante, poniendo en discusión las bases mismas del depositum fidei, que desgraciadamente ya no sentían como propias en su verdad...

En estos decenios ha aumentado la «desertificación» espiritual. Si ya en tiempos del Concilio se podía saber, por algunas trágicas páginas de la historia, lo que podía significar una vida, un mundo sin Dios, ahora lamentablemente lo vemos cada día a nuestro alrededor. Se ha difundido el vacío. Pero precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza. La fe vivida abre el corazón a la Gracia de Dios que libera del pesimismo. Hoy más que nunca evangelizar quiere decir dar testimonio de una vida nueva, trasformada por Dios, y así indicar el camino.





2. DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Abrimos ahora las primeras páginas del Catecismo de la Iglesia Católica. En realidad, ese solo libro bastaría para comprender y vivir en plenitud nuestra fe, no un año, sino toda la vida. En concreto, la primera parte, el Credo, merece especialmente ser meditada este año. A modo de aperitivo os ponemos unos puntos que vienen muy a propósito para empezar nuestro estudio.

CAPÍTULO TERCERO: LA RESPUESTA DEL HOMBRE A DIOS

142 Por su revelación, “Dios invisible habla a los hombres como amigo, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía”. La respuesta adecuada a esta invitación es la fe.

143 Por la fe, el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser, el hombre da su asentimiento a Dios que revela. La Sagrada Escritura llama “obediencia de la fe” a esta respuesta del hombre a Dios que revela.

144 Obedecer en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abraham es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma.

Abraham, “el padre de todos los creyentes”

145 La carta a los Hebreos, en el gran elogio de la fe de los antepasados insiste particularmente en la fe de Abraham: “Por la fe, Abraham obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba”. Por la fe, vivió como extranjero y peregrino en la Tierra prometida. Por la fe, a Sara se otorgó el concebir al hijo de la promesa. Por la fe, finalmente, Abraham ofreció a su hijo único en sacrificio.

146 Abraham realiza así la definición de la fe dada por la carta a los Hebreos: “La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las

realidades que no se ven” (*Hb* 11, 1). “Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia”. Gracias a esta “fe poderosa”, Abraham vino a ser “el padre de todos los creyentes”.

147 El Antiguo Testamento es rico en testimonios acerca de esta fe. La carta a los Hebreos proclama el elogio de la fe ejemplar de los antiguos, por la cual “fueron alabados”. Sin embargo, “Dios tenía ya dispuesto algo mejor”: la gracia de creer en su Hijo Jesús, “el que inicia y consuma la fe”.

María: “Dichosa la que ha creído”

148 La Virgen María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. En la fe, María acogió el anuncio y la promesa que le traía el ángel Gabriel, creyendo que “nada es imposible para Dios” (*Lc* 1, 37) y dando su asentimiento: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (*Lc* 1, 38). Isabel la saludó: “¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (*Lc* 1, 45). Por esta fe todas las generaciones la proclamarán bienaventurada (cf. *Lc* 1, 48).

149 Durante toda su vida, y hasta su última prueba (cf. *Lc* 2, 35), cuando Jesús, su hijo, murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el “cumplimiento” de la palabra de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe.

Creer solo en Dios

150 La fe es ante todo una *adhesión personal* del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente *el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado*. En cuanto adhesión personal a Dios y asentimiento a la verdad que él ha revelado, la fe cristiana difiere de la fe en una persona humana. Es justo y bueno confiarse totalmente a Dios y creer absolutamente lo que él dice. Sería vano y errado poner una fe semejante en una criatura.

Creer en Jesucristo, el Hijo de Dios

151 Para el cristiano, creer en Dios es inseparablemente creer en aquel que él ha enviado, “su Hijo amado”, en quien ha puesto toda su complacencia. Dios nos ha dicho que le escuchemos (cf. *Mc* 9, 7). El Señor mismo dice a sus discípulos: “Creed en Dios, creed también en mí” (*Jn* 14, 1). Podemos creer en Jesucristo porque es Dios, el Verbo hecho carne: “A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (*Jn* 1, 18). Porque “ha visto al Padre” (*Jn* 6, 46), él es único en conocerlo y en poderlo revelar (cf. *Mt* 11, 27).

Creer en el Espíritu Santo

152 No se puede creer en Jesucristo sin tener parte en su Espíritu. Es el Espíritu Santo quien revela a los hombres quién es Jesús. Porque “nadie puede decir: ‘Jesús es Señor’ sino bajo la acción del Espíritu Santo” (*1Cor* 12, 3). “El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios... Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios”. Sólo Dios conoce a Dios enteramente. Nosotros creemos en el Espíritu Santo porque es Dios.

La Iglesia no cesa de confesar su fe en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

RESUMEN

153 *La fe es una adhesión personal del hombre entero a Dios que se revela. Comprende una adhesión de la inteligencia y de la voluntad a la Revelación que Dios ha hecho de sí mismo mediante sus obras y sus palabras.*

154 *“Creer” entraña, pues, una doble referencia: a la persona y a la verdad; a la verdad por confianza en la persona que la atestigua.*

155 *No debemos creer en ningún otro que no sea Dios, Padre, Hijo, y Espíritu Santo.*

- 156 *La fe es un don sobrenatural de Dios. Para creer, el hombre necesita los auxilios interiores del Espíritu Santo.*
- 157 *“Creer” es un acto humano, consciente y libre, que corresponde a la dignidad de la persona humana.*
- 158 *“Creer” es un acto eclesial. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la madre de todos los creyentes. “Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por madre” (S. Cipriano).*
- 159 *“Creemos todas aquellas cosas que se contienen en la palabra de Dios escrita o transmitida y son propuestas por la Iglesia... para ser creídas como divinamente reveladas” (Pablo VI, SPF 20).*
- 160 *La fe es necesaria para la salvación. El Señor mismo lo afirma: “El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará” (Mc 16, 16).*
- 161 *“La fe es un gusto anticipado del conocimiento que nos hará bienaventurados en la vida futura” (S. Tomás de A., comp. 1, 2).*





3. PABLO VI: CREDO DEL PUEBLO DE DIOS

Nos ha parecido oportuno, casi obligado, poner aquí la Solemne Profesión que Pablo VI pronunció el 30 de junio de 1968, al concluir el Año de la fe proclamado con motivo del XIX centenario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo en Roma. Es una clarificación de los artículos del Credo, actualizada a nuestros tiempos, con sus peculiares características.

Tras unos números introductorios -del 1 al 7-, empieza propiamente el Credo, que ponemos a continuación.

Unidad y Trinidad de Dios

8. Creemos en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador de las cosas visibles —como es este mundo en que pasamos nuestra breve vida— y de las cosas invisibles —como son los espíritus puros, que llamamos también ángeles— y también Creador, en cada hombre, del alma espiritual e inmortal.

9. Creemos que este Dios único es tan absolutamente uno en su santísima esencia como en todas sus demás perfecciones: en su omnipotencia, en su ciencia infinita, en su providencia, en su voluntad y caridad. *Él es 'el que es'*, como él mismo reveló a Moisés (cf. *Ex 3,14*), él es *Amor*, como nos enseñó el apóstol Juan (cf. *1Jn 4,8*) de tal manera que estos dos nombres, Ser y Amor, expresan inefablemente la misma divina esencia de aquel que quiso manifestarse a sí mismo a nosotros y que, *habitando la luz inaccesible* (cf. *1Tim 6,16*), está en sí mismo sobre todo nombre y sobre todas las cosas e inteligencias creadas. Sólo Dios puede otorgarnos un conocimiento recto y pleno de sí mismo, revelándose a sí mismo como Padre, Hijo y Espíritu Santo, de cuya vida eterna estamos llamados por la gracia a participar, aquí, en la tierra, en la oscuridad de la fe, y después de la muerte, en la luz sempiterna. Los vínculos mutuos que constituyen a las tres personas desde toda la eternidad, cada una de las cuales es el único y mismo Ser divino, son la vida íntima y dichosa del Dios santísimo, la cual supera infinitamente todo aquello que nosotros podemos entender de modo humano.

Sin embargo, damos gracias a la divina bondad de que santísimos creyentes puedan testificar con nosotros ante los hombres la unidad de Dios, aunque no conozcan el misterio de la Santísima Trinidad.

10. Creemos, pues, en Dios, que en toda la eternidad engendra al Hijo; creemos en el Hijo, Verbo de Dios, que es engendrado desde la eternidad; creemos en el Espíritu Santo, persona increada, que procede del Padre y del Hijo como Amor sempiterno de ellos. Así, en las tres personas divinas, que son *eternas entre sí e iguales entre sí*, la vida y la felicidad de Dios enteramente uno abundan sobremanera y se consuman con excelencia suma y gloria propia de la esencia increada; y siempre *hay que venerar la unidad en la trinidad y la trinidad en la unidad*.

Cristología

11. Creemos en nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. El es el Verbo eterno, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial al Padre, u *homoousios to Patri*; por quien han sido hechas todas las cosas. Y se encarnó por obra del Espíritu Santo, de María la Virgen, y se hizo hombre: *igual*, por tanto, *al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad, completamente uno, no por*

Confusión (que no puede hacerse) de la sustancia, sino por unidad de la persona.

12. El mismo habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad. Anunció y fundó el reino de Dios, manifestándonos en sí mismo al Padre. Nos dio su mandamiento nuevo de que nos amáramos los unos a los otros como él nos amó. Nos enseñó el camino de las bienaventuranzas evangélicas, a saber: ser pobres en espíritu y mansos, tolerar los dolores con paciencia, tener sed de justicia, ser misericordiosos, limpios de corazón, pacíficos, padecer persecución por la justicia. Padeció bajo Poncio Pilato; Cordero de Dios, que lleva los pecados del mundo, murió por nosotros clavado a la cruz, trayéndonos la salvación con la sangre de la redención. Fue sepultado, y resucitó por su propio poder al tercer día, elevándonos por su resurrección a la participación de la vida divina, que es la gracia. Subió al cielo, de donde ha de venir de nuevo, entonces con gloria, para juzgar a los vivos y a los muertos, a cada uno según los propios méritos: los que hayan respondido al amor y a la piedad de Dios irán a la vida eterna, pero los que los hayan rechazado hasta el final serán destinados al fuego que nunca cesará.

Y su reino no tendrá fin.

El Espíritu Santo

13. Creemos en el Espíritu Santo, Señor y vivificador que, con el Padre y el Hijo, es juntamente adorado y glorificado. Que habló por los profetas; nos fue enviado por Cristo después de su resurrección y ascensión al Padre; ilumina, vivifica, protege y rige la Iglesia, cuyos miembros purifica con tal que no desechen la gracia. Su acción, que penetra lo íntimo del alma, hace apto al hombre de responder a aquel precepto de Cristo: *Sed perfectos como también es perfecto vuestro Padre celeste* (cf Mt 5,48).

Mariología

14. Creemos que la Bienaventurada María, que permaneció siempre Virgen, fue la Madre del Verbo encarnado, Dios y Salvador nuestro, Jesucristo, y que ella, por su singular elección, *en atención a los méritos de su Hijo redimida de modo más sublime, fue preservada inmune de toda mancha de culpa original y que supera ampliamente en don de gracia eximia a todas las demás criaturas.*

15. Ligada por un vínculo estrecho e insoluble al misterio de la encarnación y de la redención, la Beatísima Virgen María, Inmaculada, *terminado el curso de la vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste*, y hecha semejante a su Hijo, que resucitó de los muertos, recibió anticipadamente la suerte de todos los justos; creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, *Madre de la Iglesia, continúa en el cielo ejercitando su oficio materno con respecto a los miembros de Cristo, por el que contribuye para engendrar y aumentar la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos*.

Pecado original

16. Creemos que todos pecaron en Adán; lo que significa que la culpa original cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal en el que padeciese las consecuencias de aquella culpa. Este estado ya no es aquel en el que la naturaleza humana se encontraba al principio en nuestros primeros padres, ya que estaban constituidos en santidad y justicia, y en el que el hombre estaba exento del mal y de la muerte. Así, pues, esta naturaleza humana, caída de esta manera, destituida del don de la gracia del que antes estaba adornada, herida en sus mismas fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres; por tanto, en este sentido, todo hombre nace en pecado. Mantenemos, pues, siguiendo el concilio de Trento, que el pecado original se transmite, juntamente con la naturaleza humana, *por propagación, no por imitación*, y que *se halla como propio en cada uno*.

17. Creemos que nuestro Señor Jesucristo nos redimió, por el sacrificio de la cruz, del pecado original y de todos los pecados personales cometidos por cada uno de nosotros, de modo que se mantenga verdadera la afirmación del Apóstol: *Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia* (cf. *Rom 5,20*).

18. Confesamos creyendo un solo bautismo instituido por nuestro Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. Que el bautismo hay que conferirlo también *a los niños, que todavía no han podido cometer por sí mismos ningún pecado*, de modo que, privados de la gracia sobrenatural en el nacimiento nazcan de nuevo, *del agua y del Espíritu Santo*, a la vida divina en Cristo Jesús.

La Iglesia

19. Creemos en la Iglesia una, santa, católica y apostólica, edificada por Jesucristo sobre la piedra, que es Pedro. Ella es el *Cuerpo místico de Cristo, sociedad visible, equipada de órganos jerárquicos*, y, a la vez, *comunidad espiritual; Iglesia terrestre*, Pueblo de Dios peregrinante aquí en la tierra e *Iglesia enriquecida por bienes celestes, germen y comienzo del reino de Dios*, por el que la obra y los sufrimientos de la redención se continúan a través de la historia humana, y que con todas las fuerzas anhela la consumación perfecta, que ha de ser conseguida después del fin de los tiempos en la gloria celeste. Durante el transcurso de los tiempos el Señor Jesús forma a su Iglesia por medio de los sacramentos, que manan de su plenitud. Porque la Iglesia hace por ellos que sus miembros participen del misterio de la muerte y la resurrección de Jesucristo, por la gracia del Espíritu Santo, que la vivifica y la mueve. Es, pues, santa, aunque abarque en su seno pecadores, porque ella no goza de otra vida que de la vida de la gracia; sus miembros, ciertamente, si se alimentan de esta vida, se santifican; si se apartan de ella, contraen pecados y manchas del alma que impiden que la santidad de ella se difunda radiante. Por lo que se aflige y hace penitencia por aquellos pecados, teniendo poder de librar de ellos a sus hijos por la sangre de Cristo y el don del Espíritu Santo.

20. Heredera de las divinas promesas e hija de Abrahán según el Espíritu, por medio de aquel Israel, cuyos libros sagrados conserva con amor y cuyos patriarcas y profetas venera con piedad; edificada sobre el fundamento de los apóstoles, cuya palabra siempre viva y cuyos propios poderes de pastores transmite fielmente a través de los siglos en el Sucesor de Pedro y en los obispos que guardan comunión con él; gozando finalmente de la perpetua asistencia del Espíritu Santo, compete a la Iglesia la misión de conservar, enseñar, explicar y difundir aquella verdad que, bosquejada hasta cierto punto por los profetas, Dios reveló a los hombres plenamente por el Señor Jesús. Nosotros creemos todas aquellas cosas que se contienen en la palabra de Dios escrita o transmitida y son propuestas por la Iglesia, o con juicio solemne, o con magisterio ordinario y universal, para ser creídas como divinamente reveladas. Nosotros creemos en aquella infalibilidad de que goza el Sucesor de Pedro cuando habla *ex cathedra* y que reside también en el Cuerpo de los obispos cuando ejerce con el mismo el supremo magisterio.

21. Nosotros creemos que la Iglesia, que Cristo fundó y por la que rogó, es sin cesar una por la fe, y el culto, y el vínculo de la comunión jerárquica. La abundantísima variedad de ritos litúrgicos en el seno de esta Iglesia o la diferencia legítima de patrimonio teológico y espiritual y de disciplina peculiares no sólo *no dañan a la unidad* de la misma, sino que *más bien la manifiestan*.

22. Nosotros también, reconociendo por una parte que *fuera de la estructura* de la Iglesia de Cristo *se encuentran muchos elementos de santificación y verdad, que como dones propios de la misma Iglesia empujan a la unidad católica*, y creyendo, por otra parte, en la acción del Espíritu Santo, que suscita en todos los discípulos de Cristo el deseo de esta unidad, esperamos que los cristianos que no gozan todavía de la plena comunión de la única Iglesia se unan finalmente en un solo rebaño con un solo Pastor.

23. Nosotros creemos que *la Iglesia es necesaria para la salvación. Porque sólo Cristo es el Mediador y el camino de la salvación que, en su Cuerpo, que es la Iglesia, se nos hace presente*. Pero el propósito divino de salvación abarca a todos los hombres: y aquellos *que, ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, sin embargo, a Dios con corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, por cumplir con obras su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia*, ellos también, en un número ciertamente que sólo Dios conoce, *pueden conseguir la salvación eterna*.

Eucaristía

24. Nosotros creemos que la misa que es celebrada por el sacerdote representando la persona de Cristo, en virtud de la potestad recibida por el sacramento del orden, y que es ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, es realmente el sacrificio del Calvario, que se hace sacramentalmente presente en nuestros altares. Nosotros creemos que, como el pan y el vino consagrados por el Señor en la última Cena se convirtieron en su cuerpo y su sangre, que en seguida iban a ser ofrecidos por nosotros en la cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, sentado gloriosamente en los cielos; y creemos que la presencia misteriosa del Señor bajo la apariencia de aquellas cosas, que continúan apareciendo a nuestros sentidos de la misma manera que antes, es verdadera, real y sustancial.

25. En este sacramento, Cristo no puede hacerse presente de otra manera que por la conversión de toda la sustancia del pan en su cuerpo y la conversión de toda la sustancia del vino en su sangre, permaneciendo solamente íntegras las propiedades del pan y del vino, que percibimos con nuestros sentidos. La cual conversión misteriosa es llamada por la Santa Iglesia conveniente y propiamente *transustanciación*. Cualquier interpretación de teólogos que busca alguna inteligencia de este misterio, para que concuerde con la fe católica, debe poner a salvo que, en la misma naturaleza de las cosas, independientemente de nuestro espíritu, el pan y el vino, realizada la consagración, han dejado de existir, de modo que, el adorable cuerpo y sangre de Cristo, después de ella, están verdaderamente presentes delante de nosotros bajo las especies sacramentales del pan y del vino, como el mismo Señor quiso, para dársenos en alimento y unirnos en la unidad de su Cuerpo místico.

26. La única e indivisible existencia de Cristo, el Señor glorioso en los cielos, no se multiplica, pero por el sacramento se hace presente en los varios lugares del orbe de la tierra, donde se realiza el sacrificio eucarístico. La misma existencia, después de celebrado el sacrificio, permanece presente en el Santísimo Sacramento, el cual, en el tabernáculo del altar, es como el corazón vivo de nuestros templos. Por lo cual estamos obligados, por obligación ciertamente suavísima, a honrar y adorar en la Hostia Santa que nuestros ojos ven, al mismo Verbo encarnado que ellos no pueden ver, y que, sin embargo, se ha hecho presente delante de nosotros sin haber dejado los cielos.

Escatología

27. Confesamos igualmente que el reino de Dios, que ha tenido en la Iglesia de Cristo sus comienzos aquí en la tierra, *no es de este mundo* (cf. *Jn* 18,36), *cuya figura pasa* (cf. *1Cor* 7,31), y también que sus crecimientos propios no pueden juzgarse idénticos al progreso de la cultura de la humanidad o de las ciencias o de las artes técnicas, sino que consiste en que se conozcan cada vez más profundamente las riquezas insondables de Cristo, en que se ponga cada vez con mayor constancia la esperanza en los bienes eternos, en que cada vez más ardientemente se responda al amor de Dios; finalmente, en que la gracia y la santidad se difundan cada vez más abundantemente entre los hombres. Pero con el mismo amor es impulsada la Iglesia para interesarse continuamente también por el verdadero bien temporal de

los hombres. Porque, mientras no cesa de amonestar a todos sus hijos que *no tienen aquí* en la tierra *ciudad permanente* (cf. *Heb 13,14*), los estimula también, a cada uno según su condición de vida y sus recursos, a que fomenten el desarrollo de la propia ciudad humana, promuevan la justicia, la paz y la concordia fraterna entre los hombres y presten ayuda a sus hermanos, sobre todo a los más pobres y a los más infelices. Por lo cual, la gran solicitud con que la Iglesia, Esposa de Cristo, sigue de cerca las necesidades de los hombres, es decir, sus alegrías y esperanzas, dolores y trabajos, no es otra cosa sino el deseo que la impele vehementemente a estar presente a ellos, ciertamente con la voluntad de iluminar a los hombres con la luz de Cristo, y de congregar y unir a todos en aquel que es su único Salvador. Pero jamás debe interpretarse esta solicitud como si la Iglesia se acomodase a las cosas de este mundo o se resfriase el ardor con que ella espera a su Señor y el reino eterno.

28. Creemos en la vida eterna. Creemos que las almas de todos aquellos que mueren en la gracia de Cristo —tanto las que todavía deben ser purificadas con el fuego del purgatorio como las que son recibidas por Jesús en el paraíso en seguida que se separan del cuerpo, como el Buen Ladrón— constituyen el Pueblo de Dios después de la muerte, la cual será destruida totalmente el día de la resurrección, en el que estas almas se unirán con sus cuerpos.

29. Creemos que la multitud de aquellas almas que con Jesús y María se congregan en el paraíso, forma la Iglesia celeste, donde ellas, gozando de la bienaventuranza eterna, ven a Dios, como Él es y participan también, ciertamente en grado y modo diverso, juntamente con los santos ángeles, en el gobierno divino de las cosas, que ejerce Cristo glorificado, como quiera que interceden por nosotros y con su fraterna solicitud ayudan grandemente nuestra flaqueza.

30. Creemos en la comunión de todos los fieles cristianos, es decir, de los que peregrinan en la tierra, de los que se purifican después de muertos y de los que gozan de la bienaventuranza celeste, y que todos se unen en una sola Iglesia; y creemos igualmente que en esa comunión está a nuestra disposición el amor misericordioso de Dios y de sus santos, que siempre ofrecen oídos atentos a nuestras oraciones, como nos aseguró Jesús: *Pedid y recibiréis* (cf. *Lc 10,9-10; Jn 16,24*). Profesando esta fe y apoyados en esta esperanza, esperamos la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero.

Bendito sea Dios, santo, santo, santo. Amén.



4. CITAS DE LA SAGRADA ESCRITURA

*“Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero”
Salmo 118, 105). Necesitamos detenernos en cada cita. La brevedad de una frase no autoriza a ir deprisa, como si fuera de poca importancia.*

* Sin fe es imposible agradar a Dios. *He 11,6.*

* El que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere será condenado. *Mc 16,16.*

* Este es su mandato: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo. *1Jn 3,23.*

Al principio del evangelio y al final, hay dos importantes felicitaciones que van también para nosotros

* Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá. *Lc 1,45*

* Dichosos los que sin ver creerán. *Jn 20,29*

Ahí van ejemplos concretos de fe, ejemplos para imitar.

Fe de Pedro. Mt 16,13-19:

Jesús preguntó a sus discípulos: -Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Simón Pedro tomó la palabra y dijo: -Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Jesús le respondió: -Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que esta en el cielo. Ahora te digo yo: -Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo.

Fe de una mujer cananea: Mt 15, 21-28.

Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle: -Ten compasión de mí, Señor Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo. El no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle: -Atiéndela, que viene detrás gritando. El les contestó: -Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel. Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió de rodillas: - Señor, socórreme. El le contestó: -No está bien echar a los perros el pan de los hijos. Pero ella repuso: -Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.

Jesús le respondió: -Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas. En aquel momento quedó curada su hija.

Fe de una mujer que padecía flujo de sangre: Mc 5,25-34

Jesús se fue acompañado de mucha gente que lo apretujaba. Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos, y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que con sólo tocarle el vestido curaría. Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias, y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando: - «¿Quién me ha tocado el manto?» Los discípulos le contestaron: -«Ves como te apretuja la gente y preguntas: "¿Quién me ha tocado?"» Él seguía mirando alrededor, para ver quién había sido. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. Él le dijo: -«Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud.»

Fe de los amigos de un paralítico: Marcos 2, 1-12

Llegaron cuatro llevando un paralítico y, como no podían meterlo, por el gentío, levantaron unas tejas encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico. Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico: -«Hijo, tus pecados quedan perdonados.»

Fe de un centurión:

Al oír esto Jesús, quedó admirado de él, y volviéndose a la muchedumbre que le seguía, dijo: En verdad, os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande. Lc 7,9.

Fe de de la hermana de Lázaro:

Jesús dice a Marta: Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto? Ella le contestó: Sí, Señor: yo creo que tu eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo. Jn 11,25-27

Una buena súplica, con una sentencia de Jesús.

* Dijéronle los apóstoles al Señor: Auméntanos la fe. El Señor dijo: Si tuvierais fe como un grano de mostaza diríais a este sicómoro: "Arráncate y échate al mar", y os obedecería. *Lc 17,5-6.*

A dos ciegos: *Mt 9,29*

Entonces les tocó los ojos diciendo: Hágase en vosotros según vuestra fe.

Y ahora un texto muy serio que hay que meditar

La fe sin obras: *St 2, 14-18*

¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Es que esa fe lo podrá salvar? Supongamos que un hermano o una hermana andan sin ropa y faltos del alimento diario, y que uno de vosotros les dice: «Dios os ampare; abrigaos y llenaos el estómago», y no les dais lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Esto pasa con la fe: si no tiene obras, por sí sola está muerta.

Os insinuamos unos textos preciosos para poder ampliar

Fe de Abrahán: Gn 15,1-8; Fe de la viuda de Sarepta: 1R 17,10-16.
Fe de Eleazar: 2M 6,1-31; Fe de los mártires Macabeos: 2M 7,2-41.





5. PENSAMIENTOS DEL PADRE SOTO

La misión del Padre Soto fue despertar la conciencia cristiana, muchas veces dormida en los buenos cristianos: ayudar a que vivamos aquello que creemos. Vivir de fe es confiar en Dios, creer sus palabras, descubrir su acción en acontecimientos y personas, aceptarla y colaborar decididamente con ella. Quien vive de fe tiene e irradia paz y serenidad, es fuerte en las pruebas, espontáneo y firme en sus decisiones, lleno de bondad en la convivencia. La vida de fe es una vida nueva, verdadera y plenamente humana.

Aquí van unos pensamientos del Padre Soto llenos de luz para la vida. Merecen especial saboreo para que pasen al corazón y a las obras.

La fe es ante todo don de Dios, que hay que pedir

A mí me hace mucha gracia aquella página del santo evangelio en que están los discípulos del Señor tratando de echar el demonio de aquel muchacho poseso, y llega el Señor y el padre le dice: *Tus discípulos no pueden echar el espíritu inmundo del que está poseído mi hijo; si tú puedes algo...* Y el Señor le replica: *Si tú puedes creer...* Y aquel hombre, que ve que toda su fe era falta de fe, le dice: *Creo, Señor, pero ayuda a mi incredulidad (Mc 9, 17-24)*. Como queriendo decir: Dame esa fe que no tengo para que te arranque el milagro.

Este don es como una nueva potencia del alma

La fe me toma a mí, vil gusanillo, y me eleva al seno de la Santísima Trinidad. La gracia santificante me ha hecho miembro de la familia divina y la fe me introduce en el secreto de la familia. Me da la visión de cosas y personas que tiene Dios. La razón me da el juzgar humanamente; la fe, divinamente. Juzgo de las personas y cosas con el mismo criterio, con el mismo juicio de Dios.

“El justo vive de la fe”, sin intermitencias. El cristiano tiene que guiarse por la luz de la fe, o sea, por la razón iluminada por la fe. Lo que en el hombre escapa a la luz de la razón, no es humano; lo que escapa a la luz de la fe, no es cristiano. El hueco que deja la fe no lo llena la racionalidad, sino la animalidad.

La fe es la adhesión personal a Cristo y a su mensaje. El Señor está deseando dar este don a todo el mundo, y que crezca y se desarrolle. *Al que hace lo que está de su parte, Dios no le niega la gracia*. Ese don hay que pedirlo y cultivarlo con mucha humildad y con el fiel cumplimiento del propio deber.

La fe, como don, suscita la respuesta personal, que ha de llegar a ser “instintiva”, y por tanto fácil y espontánea

El instinto de hijo lleva al niño a amar a su padre. Nosotros sabemos por la fe que Dios es nuestro Padre, pero no sentimos el espíritu de filiación, ese instinto divino. La fe está como arrinconada y no nos ayuda a sentir su paternidad. Por ejemplo, nos quejamos de las cosas, aunque no le echemos la culpa a Él sino a cualquiera. No tenemos instinto de filiación. Con él no tendríamos preocupación alguna.

Pidamos con la Iglesia aumento de fe, esperanza y caridad. Que eso, que cree mi cabeza, pase al corazón y del corazón se traduzca en obras. Reconozcámonos y sintámonos ante Dios como verdaderos

hijos. Todo está ahí. Esto vivido, todo lo demás es una consecuencia. Es esa fe instintiva del niño que cree que su padre lo puede todo. Vamos a pedir ese espíritu de filiación que dice san Pablo, *espíritu de filiación con el que llamamos a Dios: ¡Padre! (cf Rm 8, 15)*.

Crecimiento en la fe

Dice Juan XXIII que del acto de fe a la vida de fe hay muchos kilómetros que se han de salvar *en virtud de un prolongado esfuerzo personal de reflexión y oración*. Del conocimiento del mensaje a la vida del mensaje hay una gran distancia. No hay fuerza humana capaz de alcanzarlo. Es una vida que se comunica por obra del Espíritu Santo y sólo por obra del Espíritu Santo se puede desarrollar, con esfuerzo personal, tiempo y gracia de Dios.

Con la oración, reflexión y ejercitarse se despertará esa conciencia de hijo, tan viva que viviré de ese instinto. Se irá convirtiendo en vida y, entonces, por instinto viviré mi conciencia de hijo. El que ha llegado a la plena conciencia de hijo no necesita —como el niño— ni argumentos, ni reflexión, ni nada. ¡Oh, si yo llegara a convencerme de que Dios es mi Padre, con ese convencimiento instintivo! Hay que pedirlo. De arriba ha de venir la fe y el ejercicio de ella.

La vida no es hija de la reflexión. ¿Quién les dice a las manos que defiendan a la cabeza ante un golpe o un porrazo? Es el instinto. No basta creer en que Dios es mi Padre; he de vivir convencido de que lo es. *El cristiano cree y vive plenamente convencido de que Dios es su Padre y de que obra en él como Padre*. Decimos que creemos, pero lo creemos a bulto. Hace falta que eso cale. Por eso digo que es cuestión de reflexión y oración para que crezca esa fe y se desarrolle tanto que acabe por transformarme en Cristo, y como Cristo, viviré colgado del Padre. *En virtud de un prolongado esfuerzo personal de reflexión y oración*. Multipliquemos la reflexión y oración, y aprovechemos todas las coyunturas de la vida para desarrollar esa fe, y así irá disminuyendo el yo y creciendo Jesús, hasta que llegue a *la plenitud de la edad de Cristo (cf Ef 4, 13)*.

¿Qué hacer para crecer en la fe?

- **Ejercicio de abandono y confianza**

Para el crecimiento en la fe, un campo de ejercicio y un fruto manifiesto de fe es la confianza ilimitada en el Señor. Este ejercicio se ha de hacer sin esfuerzo violento de la voluntad, sin nerviosismo,

con la tranquilidad del niño que se arroja en los brazos de su padre... Es una mirada a Él llena de amor y de confianza.

Pidamos esa tranquilidad y confianza, y cuando venga la intranquilidad digamos: ¡Mi Padre! ¡Me fío de mi Padre! ¡Tira por donde quieras; no me tienes que preguntar! Pero esto no es un juego de niños. Hace falta una firme resolución de llegar ahí.

¡Mi Padre..., mi Padre...! ¿Algo te preocupa? ¡Fuera, fuera! ¡Mi Padre, mi Padre! Hasta que de tanto repetirlo quedemos dormidos en los brazos de nuestro Padre.

- **Es aceptación de pruebas, incomprensiones, afrentas...**

Una clara manifestación de fe es la reacción ante las pruebas e incomprensiones. Si estamos en Dios harán poca mella en nosotros la traición, la persecución... *El humilde, recibida la afrenta, queda en paz; porque está en Dios y no en sí mismo. (Kempis)* El tiro no da en el blanco porque éste desapareció ya.

Nos dirán: *Mira lo que dicen contra ti.* Y nosotros, encogiéndonos de hombros, diremos: ¡Mi Padre! Y nos tratarán de idiotas. ¡Conforme! Nunca el mundo entenderá la sabiduría de la fe.

Cuando nos contradicen, ¿por qué echamos la culpa a la mala voluntad de las criaturas? Es la peor ofensa que podemos hacer al Señor, pues es tanto como decir que a Dios lo maneja cualquiera. Siempre encontramos 'peros': «*Que no es Dios el que lo ha hecho...*» Y esto es negarle su poder y su providencia; no descaradamente, pero sí con las obras.

Hemos de contar con la incomprensión de los buenos y con la persecución y seguir adelante con mucha caridad y humildad y gran comprensión. Ya se irán enterando las almas de buena voluntad. Generalmente, los que persiguen van de buena fe. Lleven o no buena intención, no te disgustes si te contradicen. Te buscas algo a ti, tienes algo que eliminar. El mundo dice: *mano izquierda*; y la fe me dice que son medios que el Señor me proporciona para la perfección de la obra, para el fin.

- **Es obediencia y aceptación de la acción de Dios**

Otra manifestación y ejercicio de fe: la obediencia y aceptación de la acción de Dios.

Obediencia. La voluntad guiada por la fe y la autoridad legítima lleva a Dios, y si no, se desboca. Por eso los santos siempre han

triunfado y los de propia voluntad siempre se han estrellado. Los santos no encontraron obstáculos, todo les ayudaba. Eso es vida de fe. El que no se ha desprendido de la propia voluntad en todo se estrella. Los santos hicieron heroísmos porque vivían pegados a la voluntad de Dios. Nosotros no hacemos nada porque vivimos arriados a la propia.

¡La acción de Dios! Examinémonos, que casi ninguno creemos en la acción de Dios. Siempre hay que enmendarle la plana. Sale espontánea la queja, la protesta. No vemos más que las causas secundas, las criaturas: «Esta persona nos tiene manía, la otra no simpatiza», etc., etc. Hace falta mucha reflexión, supuesta la fe.

Creemos en Dios, pero nos cuesta trabajo creer en su acción. Como con Dios no tropezamos, nos es fácil creer en Él; como su acción sí que la vemos, contra ella nos sublevamos. Mientras no crea en la acción de Dios, mi fe en Él está allá en las altas esferas de la imaginación. ¡Reflexión, reflexión, reflexión!

La voluntad de Dios la admitimos; su acción, no. Que no se meta a actuar, que lo estropea todo. ¡Así de atrevidos somos! Ahora que tenía esto tan a punto —dices— viene esta persona a echarme los planes por alto. En cuanto nos contrarían decimos, o lo pensamos: Ahí está la mano de los hombres. Dios no se ha enterado para nada, y *no se mueve la hoja del árbol sin ser voluntad de Dios.*

- **Es una nueva valoración de las cosas**

Ver la realidad con ojos de fe:

No hay cosa creada por Dios que sea mala. ¿Por qué he de dejar de ver las cosas que ha creado mi Padre, que todas son hermosas y bellas? No quiero yo una nube que me impida verlas, sino verlas como las ve Dios. Esto es, ver las cosas con ojos de fe.

Todos los progresos que existen y existirán están puestos por Dios en la naturaleza. Luego con esas investigaciones y descubrimientos no hacen más que glorificar a Dios por su obra.

Un aspecto concreto de esto es el cultivo de los valores humanos. No me canso de repetir: el cristianismo que no reconoce los valores humanos no es el de Cristo; el cristianismo que no cultiva los valores humanos no es el de Cristo. Ahora bien, la dirección de estos valores la debe llevar la fe y sólo el que vive de fe sabe valorarlos.

- **Para pasar de actos de fe a vida de fe, ejercicio de virtudes:**

A cada reacción pagana (no dirigida por la fe) ha de seguir la contrarreacción cristiana. Para eso, vigilancia en el silencio, reflexión y oración.

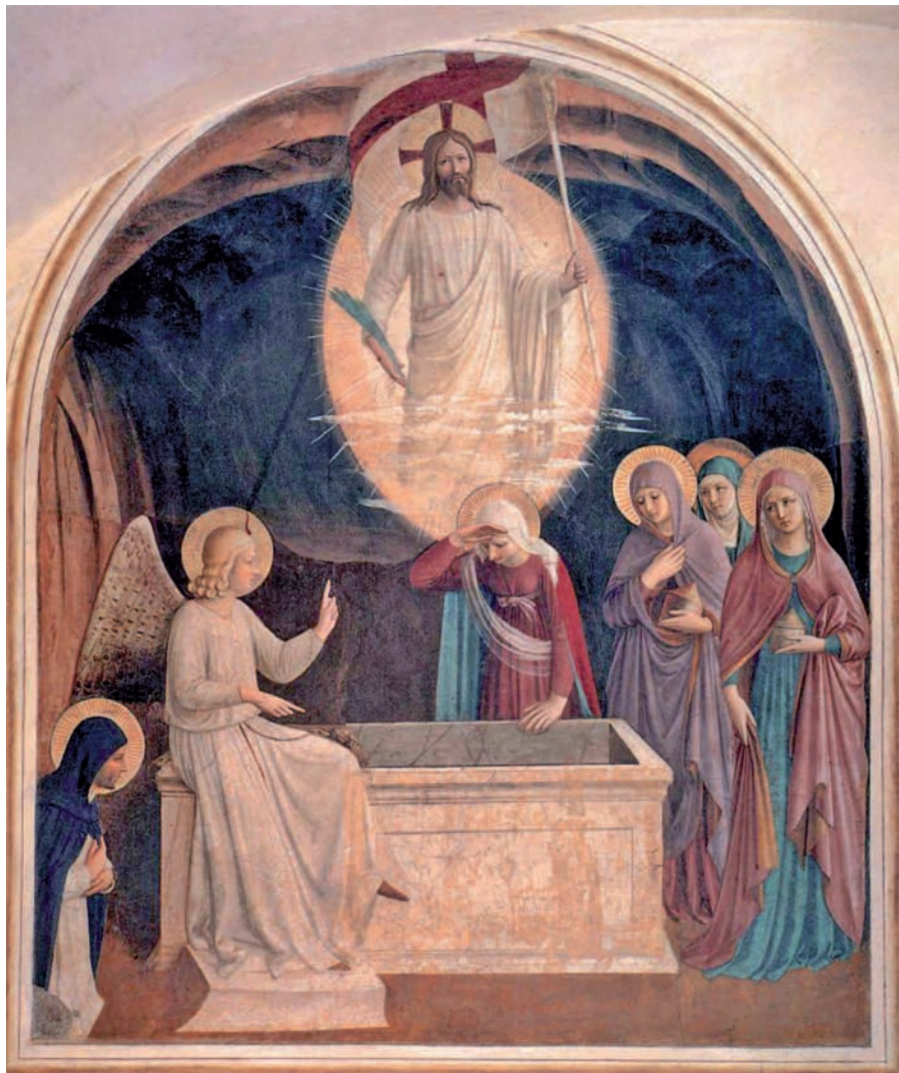
Para desarrollar la fe, hay que quitar obstáculos y hacer ejercicio de vida de fe. Cualquier vicio, no corregido, corrompe la fe. Trabajar contra ellos es favorecer el crecimiento de la fe. Si no hay ejercicio de virtudes morales, se ahogan las teologales. Un alma que se deja dominar por los vicios capitales, o ha perdido la fe, o la perderá pronto. *La fe sin obras está muerta.*

El desarrollo de la vida divina recibida en el bautismo necesita de ejercicio de las virtudes, o lo que llamo yo "gimnasia espiritual". Ante una alabanza nos sentimos halagados. Reflexión; acudo a la fe: ¡Qué tonto soy! ¡Si eso nada me pone ni me quita! Y lo agradeceré por educación, pero por dentro diré: ¡Qué tonto soy!

Ante un desprecio, quedamos disgustados. Acudo de nuevo a la fe y, guiado por ella y ayudado por la gracia, acabaré dándole gracias a Dios por parecerme más a Cristo, que fue despreciado y calumniado. Ésa es la contrarreacción cristiana. Terminará por no hacer caso del elogio ni del desprecio. De hacer actos de fe llegará a vivir vida de fe.

La reacción pagana que sentimos ante cualquier acontecimiento que la vida nos presente es hija del hombre viejo, al que hemos de dar muerte con la contrarreacción cristiana. ¿Que dejan para usted el trabajo peor y no está conforme? Al darse cuenta: «Gracias, Dios mío». Si está todo el día reaccionando en cristiano, resulta que vive las veinticuatro horas de oración, será un atleta si está haciendo continuamente ejercicios de reacción. ¡Vaya desarrollo de este organismo de la vida divina con esa gimnasia!

Dadme un cristiano que ore veinticuatro horas al día, que haga ejercicio de virtudes y que su comunión le una cada vez más a los sentimientos de Jesús, y ¡veréis desarrollo de organismo! Cada vez hará mayores actos de fe, esperanza y caridad, y crecerá tanto, tanto —*Vivo yo, ya no yo...* (Ga 2, 20)—, que ya no hará actos de estas virtudes, sino que vivirá de fe, esperanza y caridad. Antes se conformaba con los desprecios, pero llegado ahí, en el primer momento de la injuria responde dando gracias.



6. FRASES DE LA “PORTA FIDEI” DE BENEDICTO XVI

La Carta Apostólica del Papa da especial materia para este Año de la Fe. Os ponemos unos fragmentos, pero vale la pena leerla y estudiarla entera.

1. «La puerta de la fe» (cf. Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta es emprender un camino que dura toda la vida

La necesidad de la fe ayer, hoy y siempre

2. Profesar la fe en la Trinidad –Padre, Hijo y Espíritu Santo –equivale a creer en un solo Dios que es Amor (cf. 1 Jn 4, 8): el Padre, que en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo para nuestra salvación; Jesucristo, que en el misterio de su muerte y resurrección redimió al mundo; el Espíritu Santo, que guía a la Iglesia a través de los siglos en la espera del retorno glorioso del Señor.

3. Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas.

No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta (cf. Mt 5, 13-16). Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (cf. Jn 4, 14). Debemos descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios, transmitida fielmente por la Iglesia, y el Pan de la vida, ofrecido como sustento a todos los que son sus discípulos (cf. Jn 6, 51). Creer en Jesucristo es, por tanto, el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación.

Vigencia y valor del Concilio Vaticano II

4. Las enseñanzas del Concilio Vaticano II, según las palabras del beato Juan Pablo II, «no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlas de manera apropiada y que sean conocidas y asimiladas como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición

de la Iglesia. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza». Yo también deseo reafirmar con fuerza lo que dije a propósito del Concilio pocos meses después de mi elección como Sucesor de Pedro: «Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la necesaria renovación de la Iglesia».

La renovación de la Iglesia es cuestión de fe

5. La renovación de la Iglesia pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes: con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó. En esta perspectiva, el Año de la fe es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo. Dios, en el misterio de su muerte y resurrección, ha revelado en plenitud el Amor que salva y llama a los hombres a la conversión de vida mediante la remisión de los pecados.

La fe crece creyendo

6. «Caritas Christi urget nos» (2 Co 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe.

7. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos. Como afirma san Agustín, los creyentes «se fortalecen creyendo».

Profesar, celebrar y testimoniar la fe públicamente

8. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este Año.

9. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree.

10. No podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico «preámbulo» de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de «lo que vale y permanece siempre».

La utilidad del Catecismo de la Iglesia Católica

11. Para acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe, todos pueden encontrar en el Catecismo de la Iglesia Católica un subsidio precioso e indispensable. Es uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II. Precisamente en este horizonte, el Año de la fe deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el Catecismo de la Iglesia Católica.

12. En su misma estructura, el Catecismo de la Iglesia Católica presenta el desarrollo de la fe hasta abordar los grandes temas de la vida cotidiana. A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia. A la profesión de fe, de hecho, sigue la explicación de la vida sacramental, en la que Cristo está presente y actúa, y continúa la construcción de su Iglesia. Sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia, pues carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos. Del mismo modo, la enseñanza del Catecismo sobre la vida moral adquiere su pleno sentido cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración.

13. Así, pues, el Catecismo de la Iglesia Católica podrá ser en este Año un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro contexto cultural.

14. La fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad.

Recorrer y reactualizar la historia de la fe

15. A lo largo de este Año, será decisivo volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado. Mientras lo primero pone de relieve la gran contribución que los hombres y las mujeres han ofrecido para el crecimiento y desarrollo de las comunidades a través del testimonio de su vida, lo segundo debe suscitar en cada uno un sincero y constante acto de conversión, con el fin de experimentar la misericordia del Padre que sale al encuentro de todos.

16. Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo, «que inició y completa nuestra fe» (Hb 12, 2): en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su resurrección. En él, muerto y resucitado por nuestra salvación, se iluminan plenamente los ejemplos de fe que han marcado los últimos dos mil años de nuestra historia de salvación.

No hay fe sin caridad, no hay caridad sin fe

17. El Año de la fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad. San Pablo nos recuerda: «Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de ellas es la caridad» (1 Co 13, 13). Con palabras aún más fuertes —que siempre atañen a los cristianos—, el apóstol Santiago dice: «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y alguno de vosotros les dice: "¡Id en paz, abrigaos y saciaos!", pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no se tienen obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: "Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe"» (St 2, 14-18).

18. La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resucitado... Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos compromete a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo.

Lo que el mundo necesita son testigos de la fe

19. Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin.

20. «Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada» (2 Ts 3, 1): que este Año de la fe haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero.

21. Las palabras del apóstol Pedro proyectan un último rayo de luz sobre la fe: «Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe; la salvación de vuestras almas» (1 P 1, 6-9). La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo (cf. Col 1, 24), son preludeo de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12, 10). Nosotros creemos con firme certeza que el Señor Jesús ha vencido el mal y la muerte. Con esta segura confianza nos encomendamos a él: presente entre nosotros, vence el poder del maligno (cf. Lc 11, 20), y la Iglesia, comunidad visible de su misericordia, permanece en él como signo de la reconciliación definitiva con el Padre.





7. ANTOLOGÍA DE TEXTOS

Una fuente privilegiada para profundizar diferentes aspectos de la fe y de la vida de fe nos la ofrecen los santos, fruto de su personal estudio y vivencia. Esa es la finalidad de los textos que siguen.

Origen sobrenatural de la fe

1. No es la sabiduría terrena quien descubre esta fe, ni la opinión humana quien puede conseguirla: el mismo Hijo único es quien la ha enseñado y el Espíritu Santo quien la instruye (San León Magno).
2. Si un experto afirmase algo dentro de su competencia, y un ignorante dijese que no era como enseñaba el experto porque él no le entendía, sería considerado bastante estúpido el ignorante. Por tanto es estúpido el que no quiera creer lo que dice Dios (Santo Tomás).
3. Nadie debe dudar acerca de la fe, sino creer las cosas de la fe más que las que puede ver, porque la vista del hombre puede engañarse, pero la sabiduría de Dios jamás se equivoca (Santo Tomás).
4. Mi madre me decía cuando era ya mayor: De pequeño estuviste muy malo; tuve que llevarte de un médico a otro y velar noches enteras; ¿me crees? ¿Cómo habría yo podido decir: Madre, no te creo? Pero sí que creo, creo lo que me dices, mas te creo Especialmente a ti. Y así ocurre con la fe. No se trata sólo de creer lo que Dios ha revelado, sino a El, que merece nuestra fe, que nos ha amado tanto y tanto ha hecho por nuestro amor (Juan Pablo I).
5. Si uno no quisiera creer más que lo que conoce, ni siquiera podría vivir en este mundo. ¿Cómo podría vivir sin creer a alguien? ¿Cómo creería, por ejemplo, que fulano es su padre? Por consiguiente, es necesario que el hombre crea a alguien acerca de las cosas que no puede saber totalmente por sí solo. Pero a nadie hay que creer como a Dios; por tanto, los que no creen las enseñanzas de la fe no son sabios, sino soberbios, como dice el Apóstol: Soberbio es, nada sabe (Santo Tomás).

Frutos de la fe

6. Es imposible penetrar en el conocimiento de las Escrituras si no se tiene previamente infundida en sí la fe en Cristo, la cual es como la luz, la puerta y el fundamento de toda la Escritura. En efecto, mientras vivimos en el destierro lejos del Señor, la fe es el fundamento estable, la luz directora y la puerta de entrada de toda iluminación sobrenatural (San Buenaventura).

7. La fe, si es fuerte, defiende toda la casa (San Ambrosio).
8. Ningún filósofo antes de la venida de Cristo, aun con todo su esfuerzo, pudo saber acerca de Dios y de las cosas necesarias para la vida eterna lo que después de su venida sabe cualquier viejecilla por medio de la fe (Santo Tomas).
9. La fe se asemeja a una antorcha, porque por ella se ilumina la marcha del hombre interior (San Remigio).

El "depositum fidei" (el contenido de la fe)

10. El 'depósito' es lo que te ha sido confiado, no encontrado por ti; tú lo has recibido, no lo has encontrado con tus propias fuerzas. No es el fruto de tu ingenio personal, sino de la enseñanza; no está reservado para un uso privado, sino que pertenece a una tradición pública. No salió de ti, sino que a ti vino: a su respecto tú no puedes comportarte como si fueras su autor, sino como su simple custodio. No eres tú quien lo ha iniciado, sino que eres su discípulo; no te corresponderá dirigirlo, sino que tu deber es seguirlo. 'Guarda el depósito', dice; es decir, conserva inviolado y sin mancha el contenido de la fe católica. Lo que te ha sido confiado es lo que debes custodiar en ti y transmitir. Has recibido oro; devuelve, pues, oro. No puedo admitir que sustituyas una cosa por otra. No, tú no puedes desvergonzadamente sustituir el oro por plomo, o tratar de engañar dando bronce en lugar de metal precioso. Quiero oro puro, y no algo que sólo tenga su apariencia (San Vicente De Lerins).
11. Quizá alguien diga: ¿ningún progreso de la religión es entonces posible en la Iglesia de Cristo? Ciertamente que debe haber progreso, ¡y grandísimo! ¿Quién podría ser tan hostil a los hombres y tan contrario a Dios que intentara impedirlo? Pero a condición de que se trate verdaderamente de progreso en la fe, no de modificación. Es característica del progreso el que una cosa crezca, permaneciendo siempre idéntica a si misma; es propio, en cambio, de la modificación que una cosa se transforme en otra. Así pues, crezcan y progresen de todas las maneras posibles la inteligencia, el conocimiento, la sabiduría, tanto de la colectividad como del individuo, de toda la Iglesia, según las edades y los siglos; con tal de que eso suceda exactamente según su naturaleza peculiar, en el mismo dogma, en el mismo sentido, según una misma interpretación (San Vicente De Lerins).

12. Los católicos han tenido siempre la costumbre, y la tienen todavía, de determinar la verdadera fe de dos maneras: con la autoridad de la Escritura divina y con la tradición de la Iglesia católica. No porque la Escritura, por sí sola, no sea suficiente, sino porque muchos, interpretando a su capricho las palabras divinas, acaban por inventar una cantidad increíble de doctrinas erróneas. Por este motivo es necesario que la exégesis de la Escritura divina vaya guiada por la única regla del sentir católico, especialmente en las cuestiones que tocan los fundamentos de todo el dogma (San Vicente De Lerins).
13. Las verdades de fe y de moral no se determinan por mayoría de votos: componen el depósito de la fe entregado por Cristo a todos los fieles y confiado, en su exposición y enseñanza autorizada, al Magisterio de la Iglesia (J. Escrivá de Balaguer).
14. Así, pues, el sábado próximo, en que celebraremos la Vigilia, si Dios quiere, habréis de decir no sólo la oración (el Padrenuestro), sino el símbolo (el Credo): porque si ahora no lo aprendéis de memoria, después, en la iglesia, no lo oiréis todos los días. Y, en aprendiéndole bien, decidlo a diario para que no se os olvide; al levantaros de la cama, al ir a dormir, decid vuestro símbolo, decídselo a Dios, procurando hacer memoria de ello, y sin pereza de repetirlo. Es cosa buena repetir, para no olvidar. No digáis: "Ya lo dije ayer". Sea para ti como un recordatorio de tu fe y un espejo donde te mires. Mírate, pues, en él: examina si continúas creyendo todas las verdades que de palabra dices creer y regocíjate a diario en tu fe. Sean ellas tu riqueza: sean a modo de vestidos para el aderezo de tu alma (San Agustín).
15. Alégrate cada día de tu fe. Sus artículos sean tus riquezas, y como los vestidos de cada día para tu alma. Cuando te levantas, ¿no te vistes? Así también, recordando el Credo, viste tu alma, para que el olvido no te desabrigue y quedes desnudo. Hemos de vestirnos con nuestra fe (San Agustín,).

Seguridad de la fe

16. Nada es demasiado difícil de creer acerca de Aquel para quien nada es demasiado difícil de hacer (J. H. Newman).

17. ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Si hubieran tenido una idea clara de su omnipotencia habrían estado seguros de que El podía sacarlos del peligro. Pero como lo veían dormido en la barca, no pudieron creer que estaban a salvo, no comprendieron que El, despierto o dormido, era omnipotente. Esta idea es muy importante para nosotros hoy, porque será un medio de sostener nuestra fe. ¿Por qué creéis todos los hechos extraños y maravillosos recogidos en la Escritura? Porque Dios es omnipotente y puede hacerlos. ¿Por qué creéis que una Virgen concibió y dio a luz un Hijo? Porque es un acto de Dios y El puede hacer cualquier cosa. Como el ángel Gabriel dijo a la Santísima Virgen: Nada es imposible para Dios. (J. H. Newman).
18. Esa certeza, que nos da la fe, hace que miremos lo que nos rodea con una luz nueva, y que, permaneciendo todo igual, advirtamos que todo es distinto, porque todo es expresión del amor de Dios (San J. Escrivá de Balaguer).

Fe y dificultades

19. Amenazas, lisonjas, esperanza de vida, temor a la muerte, guardias, corte, emperador, autoridades, no sirvieron de nada: hombres y demonios fueron impotentes ante ellos. Su tenaz firmeza en la fe recibida los hizo dignos, a los ojos del Señor, de una gran recompensa. Por medio de ellos, El quiso levantar las Iglesias postradas, volver a infundir nueva vida a las comunidades cristianas agotadas, restituir a los sacerdotes las coronas caídas. (San Vicente De Lerins).
20. Como ciego que oye las pisadas de Cristo que pasa, cuando haya comenzado a acercarme a Cristo, mis parientes, vecinos y amigos comenzarán a bullir. Los que aman el mundo se me ponen en frente. ¿Te has vuelto loco? ¡Qué extremoso eres! ¿Por ventura los demás no son cristianos? Esto es una tontería, esto es una locura. Y cosas tales clama la turba para que no clamemos los ciegos (San Agustín).
21. Hay personas muy sensibles a las dificultades de la religión; yo soy también sensible a ellas como cualquiera; pero nunca he podido ver la conexión entre percibir estas dificultades, por vivas que sean, y la duda sobre las doctrinas a que van inherentes. A mi entender,

diez mil dificultades no hacen una duda; dificultad y duda son cosas muy distintas. (J. H. Newman).

22. Esta fe, aumentada por la Ascensión del Señor y fortalecida con el don del Espíritu Santo, ya no se amilana por las cadenas, la cárcel, el destierro, el hambre, el fuego, las fieras ni los refinados tormentos de los crueles perseguidores. Hombres y mujeres, niños y frágiles doncellas han luchado, en todo el mundo, por esta fe, hasta derramar su sangre (San León Magno).
23. Aquel discípulo que había dudado, al palpar las heridas del cuerpo de su Maestro curó las heridas de nuestra incredulidad. Más provechosa fue para nuestra fe la incredulidad de Tomás que la fe de los otros discípulos, ya que al ser él inducido a creer por el hecho de haber palpado, nuestra mente, libre de toda duda, es confirmada en la fe. De este modo, en efecto, aquel discípulo que dudó y palpó se convirtió en testigo de la realidad de la resurrección (San Gregorio Magno).
24. Dios nos contempla, Cristo y sus ángeles nos miran, mientras luchamos por la fe. Qué dignidad tan grande, qué felicidad tan plena es luchar bajo la mirada de Dios y ser coronados por Cristo (San Cipriano).
25. Si un rey enviara una carta sellada con su sello, nadie osaría decir que aquella carta no provenía de la voluntad del rey. Ahora bien, todo lo que los santos creyeron y nos transmitieron sobre la fe de Cristo, está sellado con el sello de Dios. Este sello son las obras que ninguna criatura puede hacer, es decir, los milagros, con los que Cristo confirmó las palabras de los Apóstoles y de los santos (Santo Tomás).
26. Los milagros fueron necesarios al principio para confirmar con ellos la fe. Pero, una vez que la fe de la Iglesia está confirmada, los milagros no son necesarios (San Jerónimo).
27. El ciego contestó al punto: Señor, que yo vea. El ciego no pide al Señor oro, sino el ver. Poco le importa cualquier otra cosa fuera de la vista, porque aunque puede tener el ciego alguna cosa, sin la vista no puede ver lo que tiene. Imitemos, pues, al que acabamos de oír que fue curado de cuerpo y de alma. No pidamos al Señor falsas riquezas, ni bienes terrenos, ni fugaces honores, sino la luz

que no tiene principio ni fin. El camino para alcanzar esta luz es la fe (San Gregorio Magno).

Fe y vida de fe

28. Jesucristo pone esta condición: que vivamos de la fe, porque después seremos capaces de remover los montes. Y hay tantas cosas que remover... en el mundo y, primero, en nuestro corazón (San J. Escrivá de Balaguer).
29. No intente saber el porqué de las obras divinas, cierre el ojo de la razón y abra sólo el de la fe, porque éste es el instrumento con que se han de tantear las obras de Dios. Para mirar las obras humanas muy bueno es el ojo de la razón humana; mas para mirar las divinas, no hay cosa más desproporcionada que él (San Pedro Alcántara).
30. Todas tus obras se deben basar en la fe, porque el justo vive de la fe y la fe obra por el amor (San Agustín).
31. La fe no es la consecuencia de las buenas obras, sino que la fe debe estar en el comienzo de toda obra verdaderamente buena (San Jerónimo).
32. Porque ni la fe sirve sin obras, ni las obras sin fe, a no ser que se hagan para alcanzar la fe, como Cornelio, que antes de ser creyente mereció ser oído por sus buenas obras (San Gregorio Magno).
33. Mira que ni siquiera le pregunta el Señor (al ciego Bartimeo) si tiene fe, como solía hacer otras veces, pues sus gritos y su abrirse paso entre la gente ponía bien de manifiesto su fe a los ojos de todos (San Juan Crisóstomo).
34. Al punto vio (Bartimeo), y le seguía. Ve y sigue quien obra el bien que entiende; ve, pero no sigue, quien no quiere ejecutar el bien que comprende (San Gregorio Magno).
35. No cree verdaderamente sino quien, en su hogar, pone en práctica lo que cree. Por eso, a propósito de aquellos que de la fe no poseen más que palabras, dice San Pablo: profesan conocer a Dios, pero le niegan con las obras (San Gregorio Magno).

Conservar y aumentar la fe

36. Si nuestra fe es débil, acudamos a María. Cuenta San Juan que por el milagro de las bodas de Caná, que Cristo realizó a ruegos de su Madre, creyeron en Él sus discípulos. Nuestra Madre intercede siempre ante su Hijo para que nos atienda y se nos muestre, de tal modo, que podamos confesar: Tú eres el Hijo de Dios (San J. Escrivá de Balaguer).
37. De la Iglesia recibimos la predicación de la fe, y bajo la acción del Espíritu de Dios la conservamos como un licor precioso guardado en un frasco de buena calidad (San Ireneo).
38. Por lo tanto, hermanos, tratad de conservar la enseñanza de la fe que ahora se os entrega y grabadla profundamente en vuestro corazón. Observadla con fidelidad para que no os la arrebate el enemigo, si os encuentra abúlicos e indolentes, y para que tampoco ningún hereje deforme algo de lo que se os ha enseñado. La entrega de la fe es como ingresar en el banco un dinero que se nos ha prestado. Día vendrá en que Dios nos pedirá cuenta de este tesoro entregado. Te recomiendo como dice el Apóstol en la presencia de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que ante Poncio Pilato rindió tan solemne testimonio, que esta fe que se os entrega la conservéis sin tacha hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Ahora se te ha hecho entrega del tesoro de la vida, mas el Señor buscará este préstamo el día de su Manifestación. (San Cirilo de Jerusalén).
39. Dios se deja ver de los que son capaces de verle, porque tienen abiertos los ojos de la mente. Porque todos tienen ojos, pero algunos los tienen bañados en tinieblas y no pueden ver la luz del sol. Y no porque los ciegos no la vean deja por eso de brillar la luz solar, sino que ha de atribuirse esta oscuridad a su defecto de visión. Así, tú tienes los ojos entenebrecidos por tus pecados y malas acciones (San Teófilo de Antioquía).
40. Quien cree ya en Jesucristo pero se deja dominar por la avaricia, se ensoberbece con los honores, se abrasa con la envidia, se contamina con la inmundicia de los deleites y desea las prosperidades mundanas, no quiere seguir a Jesús en quien creyó (San Gregorio Magno)



8. FICHAS DE UN PASADO RECIENTE (PABLO VI, CONCILIO, Y JUAN PABLO II)

El material que podríamos traer aquí es enorme. Nos conformamos con estos botones de muestra.

1. Punto de partida: el acto de fe en Jesucristo

Podríamos, pues, invitar a todos a realizar un vivo, profundo y consciente acto de fe en Jesucristo, Nuestro Señor. Deberíamos caracterizar este momento de nuestra vida religiosa con esta profesión de fe, firme y convencida, pero siempre humilde y temblorosa, semejante a la que leemos en el Evangelio hecha por el ciego de nacimiento, a quien Jesucristo con bondad igual a su potencia había abierto los ojos: ¡Creo, Señor!, o también a la de Marta, en el mismo Evangelio: Sí, Señor, yo he creído que Tú eres el Mesías, Hijo de Dios vivo, que ha venido a este mundo, o bien a aquella otra, para Nos tan dulce, de Simón, que luego fue llamado Pedro: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. (*Ecclesiam Suam*, 25)

2. Oración implorando el don de la Fe

Recemos, hijos carísimos, por ejemplo, así: Señor yo creo, yo quiero creer en Ti. Oh Señor, haz que mi fe sea plena, sin reservas y que penetre en mi pensamiento, en mi modo de juzgar las cosas divinas y humanas: oh Señor, haz que mi fe sea libre, que tenga el concurso personal de mi adhesión, que acepte las renunciaciones y los deberes que ella comporta y que expresa el ápice decisivo de mi personalidad; creo en Ti, oh Señor.

Oh Señor, haz que mi fe sea cierta; cierta por su exterior congruencia de pruebas y por un interior testimonio del Espíritu Santo, cierta por su luz meridiana, por su posesión tranquilizadora, por su serena asimilación.

Oh Señor, haz que mi fe sea fuerte; que no tema las contrariedades y los problemas, de los que está llena la experiencia de nuestra vida, ávida de luz; que no tema la oposición de quien la discute, la impugna, la rechaza, la niega; sino que se fortifique por la experiencia íntima de tu verdad, resista infatigablemente a la crítica, se fortalezca con su afirmación continua; que supere las dificultades dialécticas y espirituales, en medio de las que se desenvuelve nuestra experiencia temporal.

Oh Señor, que mi fe sea gozosa y que comunique paz y alegría a mi espíritu, lo prepare para la oración con Dios y la conversación con los hombres, de suerte que halle en el diálogo sagrado y profano la interior alegría de su dichosa profesión.

Oh Señor, haz que mi fe sea activa e imprima a la caridad las razones profundas de su expansión moral, de suerte que sea verdadera amistad contigo y sea tuya en los trabajos, en los sufrimientos, en la espera de la revelación final, y una continua búsqueda, un testimonio continuo, un alimento continuo de esperanza.

Oh Señor, haz que mi fe sea humilde y no presuma fundarse en la experiencia de mi pensamiento y en mi sentimiento, sino que se rinda al testimonio del Espíritu Santo y no tenga otra garantía que su docilidad a la Tradición y a la autoridad del Magisterio de la Santa Iglesia. Amen. *(Pablo VI, audiencia general Ecclesia 9-11-68)*

3. Coherencia entre la fe y la vida

Nunca daremos suficiente importancia a esta coherencia entre la fe y la vida. No basta conocer la palabra de Dios, es necesario vivirla. Conocer la fe y no aplicarla a la vida sería una grave falta de lógica, sería una seria responsabilidad. La fe es un principio de vida moral. La vida cristiana nace de la fe, participa de la incipiente comunión que ésta establece entre Dios y nosotros, hace circular su infinito y misterioso pensamiento por el nuestro, nos dispone para aquella comunión vital que une nuestra existencia creada con el Ser increado e infinito que es Dios, y al mismo tiempo introduce en nuestro pensar y en nuestro actuar un compromiso, un criterio espiritual y moral, un elemento que califica nuestra conducta: nos hace cristianos.

Debemos recordar siempre la conocida fórmula del Apóstol: "El justo vive de la fe", el cristiano, podemos traducir, vive de la fe.

Por eso debería desaparecer el cristiano que descuida los deberes de su elevación a hijo de Dios y hermano de Cristo, a miembro de la Iglesia. La mediocridad, la infidelidad, la inconstancia, la incoherencia, la hipocresía deberían desaparecer de la figura, de la tipología del creyente moderno. *(Pablo VI, audiencia, Ecclesia 27- 07 -68)*

4. Ser creyente es algo muy serio

La fe es una forma de pensamiento que debe ocupar profundamente nuestra mentalidad, nuestra personalidad. Ser creyente significa algo muy serio, algo verdaderamente nuestro, íntimo, personal, decisivo. Desde el día en que nuestra vida encontró a Cristo (ya el día de nuestro bautismo) se incorporó a Él, tiene una sola ley dominante: ser cristiana. Es adherirse a Dios, mediante Cristo, que es la vida no sólo en Sí mismo, sino también para nosotros.

Adherirse a Dios, a la vida verdadera, es, desde ahora, la cuestión primordial para nosotros: por eso, la fe debe valer para nosotros, en caso de enfrentamiento o conflicto, más que la propia vida. (*Pablo VI, audiencia general, Ecclesia 22-07-68*)

5. El respeto humano: enemigo de la vida de fe

El famoso respeto humano, esto es, la reticencia, o la vergüenza, o el miedo cuando se trata de la profesión de la propia fe.

Hablamos de cobardía al silenciar las propias ideas religiosas por temor al ridículo, a las críticas o a los otros. Es la caída triste y célebre de san Pedro en la noche del prendimiento de Jesús, es un defecto frecuente en los muchachos, en los jóvenes, en los oportunistas, en las personas sin carácter y sin valor. Esta es la causa, tal vez la principal, del abandono de la fe para quien se conforma con el ambiente nuevo en el que empieza a vivir. (*Pablo VI, audiencia general, Ecclesia 13-07-68*)

6. La fe nos lleva a Dios e ilumina la vida

En la lectura del Evangelio de hoy, los Apóstoles piden a Jesús: "Auméntanos la fe" (Lc. 17, 5). Ésta ha de ser nuestra oración constante. La fe es siempre exigente, porque nos conduce más allá de nosotros mismos. Nos lleva directamente a Dios. La fe nos da también una visión de la finalidad de la vida y nos impulsa a la acción. El evangelio de Jesucristo no es una opinión privada, un ideal espiritual lejano, o un mero programa de crecimiento personal. ¡El Evangelio es la fuerza que puede transformar el mundo! El Evangelio no es una abstracción; es la persona viva de Jesucristo, la Palabra de Dios, el reflejo de la gloria del Padre (Cf. Heb. 1, 2), el Hijo Encarnado, que nos revela el significado más profundo de nuestra humanidad, y el noble destino al que está llamada toda la familia humana (Cf. GS 22). Cristo nos mandó hacer que la luz del Evangelio resplandezca en nuestro servicio a la sociedad. ¿Cómo podemos profesar la fe en la palabra de Dios, y luego no aceptar que inspire y dirija nuestros pensamientos, nuestras actividades, nuestras decisiones y nuestras responsabilidades con los demás?

(*Juan Pablo II, Homilía en Baltimore.- ORE 20 - 10 - 95*)



**9. CATEQUESIS DE JUAN PABLO I
SOBRE LA FE**

Miércoles 13 de septiembre de 1978

La virtud teologal de la fe

Mi primer saludo va a mis hermanos los obispos que veo aquí presentes en gran número.

El Papa Juan, en unas notas que han sido incluso impresas, decía: “Esta vez he hecho el retiro sobre las siete lámparas de la santificación”. Siete virtudes quería decir, que son fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza. A ver si hoy el Espíritu Santo ayuda al pobre Papa a explicar al menos una de estas lámparas, la primera: la fe.

Aquí en Roma ha habido un poeta, Trilussa, que también quiso hablar de la fe. En una de sus poesías ha dicho: “Aquella ancianita ciega que encontré la noche que me perdí en medio del bosque, me dijo: Si no conoces el camino, te acompaño yo que lo conozco. Si tienes el valor de seguirme, te iré dando voces de vez en cuando hasta el fondo, allí donde hay un ciprés, hasta la cima donde hay una cruz. Yo contesté: Puede ser... pero encuentro extraño que me pueda guiar quien no ve... Entonces la ciega me cogió de la mano y suspirando me dijo: ¡Anda!... Era la fe”.

Como poesía, tiene su gracia. En cuanto teología, es defectuosa. Porque cuando se trata de la fe el gran director de escena es Dios; pues Jesús ha dicho: ninguno viene a mí si el Padre mío no lo atrae. San Pablo no tenía la fe; es más, perseguía a los fieles. Dios le espera en el camino de Damasco: “Pablo —le dice— no pienses en encabritarte y dar coces como caballo desbocado. Yo soy Jesús a quien tú persigues. Tengo mis planes sobre ti. Es necesario que cambies”. Se rindió Pablo; cambió de arriba a abajo la propia vida. Después de algunos años escribirá a los filipenses: “Aquella vez, en el camino de Damasco, Dios me aferró; desde entonces no hago sino correr tras Él para ver si soy capaz de aferrarle yo también, imitándole y amándole cada vez más”.

Esto es la fe: rendirse a Dios, pero transformando la propia vida. Cosa no siempre fácil. Agustín ha narrado la trayectoria de su fe; especialmente las últimas semanas fue algo terrible; al leerlo se siente cómo su alma casi se estremece y se retuerce en luchas interiores. De este lado, Dios que lo llama e insiste; y de aquél, las antiguas costumbres, «viejas amigas—escribe él— que me tiraban suavemente de mi vestido de carne y me decían: “Agustín, pero ¿cómo?, ¿Tú nos abandonas? Mira que ya no podrás hacer esto, ni podrás hacer aquello y, ¡para siempre!”». ¡Qué difícil! «Me encontraba —dice— en la situación de uno que está en la cama por la mañana. Le dicen: “¡Fuera, levántate,

Agustín!”. Yo, en cambio, decía: “Sí, más tarde, un poquito más todavía”. Al fin, el Señor me dio un buen empujón y salí». Ahí está, no hay que decir: Sí, pero; sí, luego. Hay que decir: ¡Señor, sí! ¡Enseguida! Ésta es la fe. Responder con generosidad al Señor. Pero, ¿quién dice este sí? El que es humilde y se fía enteramente de Dios.

Mi madre me solía decir cuando empecé a ser mayor: de pequeño estuviste muy enfermo; tuve que llevarte de médico en médico y pasarme en vela noches enteras; ¿me crees? ¿Cómo podía contestarle: Mamá, no te creo? Claro que te creo, creo lo que me dices, y sobre todo te creo a ti. Así es en la fe. No se trata sólo de creer las cosas que Dios ha revelado, sino creerle a Él, que merece nuestra fe, que nos ha amado tanto y ha hecho tanto por amor nuestro.

Claro que es difícil también aceptar algunas verdades, porque las verdades de la fe son de dos clases: unas, agradables; otras son duras a nuestro espíritu. Por ejemplo, es agradable oír que Dios tiene mucha ternura con nosotros, más ternura aún que la de una madre con sus hijos, como dice Isaías. Qué agradable es esto y qué acorde con nuestro modo de ser.

Un gran obispo francés, Dupanloup, solía decir a los rectores de seminarios: Con los futuros sacerdotes sed padres, sed madres. Esto agrada. En cambio ante otras verdades, sentimos dificultad. Dios debe castigarme si me obstino. Me sigue, me suplica que me convierta, y yo le digo: ¡no! ; y así casi le obligo yo mismo a castigarme. Esto no gusta. Pero es verdad de fe.

Hay, además, otra dificultad, la Iglesia. San Pablo preguntó: ¿Quién eres, Señor? —Soy ese Jesús a quien tú persigues. Una luz, un relámpago le pasó por la inteligencia. Yo no persigo a Jesús, ni siquiera lo conozco; persigo a los cristianos, eso sí. Se ve que Jesús y los cristianos, Jesús y la Iglesia, son una misma cosa: indivisible, inseparable.

Leed a San Pablo: *Corpus Christi quod est Ecclesia*. Cristo e Iglesia son una sola cosa. Cristo es la Cabeza, nosotros, la Iglesia, somos sus miembros. No es posible tener fe y decir creo en Jesús, acepto a Jesús, pero no acepto la Iglesia. Hay que aceptar la Iglesia, tal como es; y ¿cómo es esta Iglesia? El Papa Juan la ha llamado «Mater et Magistra». Maestra también. San Pablo ha dicho: “Nos acepte cada uno como ayudantes de Cristo, y administradores y dispensadores de sus misterios”.

Cuando el pobre Papa, cuando los obispos y los sacerdotes presentan la doctrina, no hacen más que ayudar a Cristo. No es una doctrina nuestra, es la de Cristo, sólo tenemos que custodiarla y presentarla.

Yo estaba presente cuando el Papa Juan inauguró el Concilio el 11 de octubre de 1962. Entre otras cosas, dijo: “Esperamos que con el Concilio la Iglesia dé un salto hacia adelante”. Todos lo esperábamos. Un salto hacia adelante, pero ¿por qué caminos? Lo dijo enseguida: sobre las verdades ciertas e inmutables. Ni siquiera le pasó por la cabeza al Papa Juan que eran las verdades las que tenían que caminar, ir hacia adelante, y después cambiar, poco a poco. Las verdades son esas; nosotros debemos andar por el camino de estas verdades, entendiéndolas cada vez mejor, poniéndonos al día, presentándolas de forma adecuada a los nuevos tiempos.

También el Papa Pablo tenía la misma preocupación. Lo primero que hice en cuanto fui Papa, fue entrar en la capilla privada de la Casa Pontificia; en ella, al fondo, el Papa Pablo hizo colocar dos mosaicos, uno de San Pedro y otro de San Pablo: San Pedro muriendo y San Pablo muriendo también. Pero debajo de San Pedro figuran estas palabras de Jesús: “Oraré por ti, Pedro, para que no desfallezca tu fe”. Y debajo de San Pablo, que está recibiendo el golpe de la espada: “He cumplido mi carrera, he conservado la fe”. Ya sabéis que en el último discurso del 29 de junio pasado, Pablo VI dijo: “Después de quince años de pontificado puedo dar gracias al Señor porque he defendido la fe y la he conservado”.

También es madre la Iglesia. Si es continuadora de Cristo y Cristo es bueno, también la Iglesia debe ser buena, buena con todos; pero ¿y si se diera el caso de que alguna vez hubiera gente mala en la Iglesia? Nosotros tenemos mamá. Si la mamá está enferma, si mi mamá se quedase coja, yo la querría todavía más. Lo mismo en la Iglesia: si existen defectos y faltas —y existen— jamás debe disminuir nuestro amor a la Iglesia.

Ayer —y con esto termino— me mandaron el número de *Città Nuova*: he visto que reproducen, grabado, un discurso mío muy breve, con este episodio: Un predicador inglés, Mac Nabb, hablando en Hyde Park, se había referido a la Iglesia. Al terminar, uno pide la palabra y dice: Bonito lo que ha dicho. Pero yo conozco algunos sacerdotes católicos que no han estado con los pobres y se han hecho ricos. Conozco también maridos católicos que han traicionado a su mujer. No me gusta esta

Iglesia formada por pecadores. El Padre le dijo: Tiene algo de razón. Pero ¿puedo hacer una objeción? —Veamos. —Perdone, pero si no me equivoco, lleva el cuello de la camisa un poco sucio. —Sí, lo reconozco. —Pero ¿está sucio porque no ha empleado jabón o porque ha utilizado el jabón y no ha servido para nada? —No, no he usado jabón.

Pues bien, la Iglesia católica tiene un jabón excelente: evangelio, sacramentos, oración; evangelio leído y vivido, sacramentos celebrados del modo debido y oración bien hecha, serían un jabón maravilloso capaz de hacernos santos a todos. No somos todos santos por no haber utilizado bastante este jabón.

Procuremos responder a las esperanzas de los Papas que han convocado y aplicado el Concilio, el Papa Juan y el Papa Pablo. Tratemos de mejorar la Iglesia haciéndonos más buenos nosotros. Cada uno de nosotros y toda la Iglesia podría recitar la oración que yo tengo costumbre de decir: “Señor, tómate como soy, con mis defectos, con mis faltas, pero hazme como tú me deseas”.





10. EL DON DE LA FE, Meditación

El texto que sigue es una meditación sobre la fe.

1.- Ante el Señor, vamos a pensar sobre el gran don que es la fe que hemos recibido de Él, y agradecérselo, y también agradecer la gracia del Espíritu Santo, que mueve nuestro corazón y lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y nos concede a todos gusto en aceptar y creer la verdad.

2.- Por ser personas, todos los hombres se ven impulsados a buscar la verdad. El hombre se plantea preguntas muy profundas: quién es él; cuál es el sentido de la vida; qué hay después de la muerte. Se interroga sobre el por qué del dolor, del mal, de la culpa, de la muerte.

Dios mismo ha puesto en el corazón del hombre este deseo de verdad. Pero el hombre se siente impotente para contestar satisfactoriamente a esas preguntas. Esta impotencia del hombre es, en el fondo, un clamor dirigido a Dios, fuente de la verdad. Y Dios no se ha hecho el sordo. Dios ha salido al encuentro de este deseo del hombre. Dios se nos ha revelado. Nos ha regalado "La Verdad".

"Por amor, Dios se ha revelado y se ha entregado al hombre. De este modo da una respuesta definitiva y sobreabundante a las cuestiones que el hombre se plantea sobre el sentido y finalidad de su vida". Dios ha hablado a los hombres. Esa palabra de Dios ha llegado a nosotros por medio de los Apóstoles y de la Iglesia. Cuando uno escucha la palabra revelada y la acoge y acepta en su corazón, tomándola como luz y norma de su vida, da el primer paso en la vida cristiana. *Es la fe*. Es la respuesta del hombre a Dios.

3.- La fe posee la respuesta plenamente satisfactoria a las inquietudes más profundas de la inteligencia y del corazón del hombre, y nos abre la preciosa posibilidad de vivir de un modo superior, como hijos de Dios. Toda nuestra vida queda iluminada, enriquecida, fortalecida "para caminar, como hijos de la luz, hacia la visión de Dios, fuente de eterna felicidad" (Ecclesiam Suam). ¡Cuánto bien nos haría dedicar más tiempo a conocer y reflexionar las verdades de nuestra fe! Una lectura más atenta y meditada hecha con ojos de fe, de ese tesoro de doctrina que nos transmite la Iglesia, nos llenaría de bienes. La gracia de la fe "abre el corazón - dice el Catecismo - para una comprensión más viva del mensaje de Dios, del conjunto de los designios de su amor y de los misterios de la fe. Crecería, por tanto, nuestra fe, se robustecería nuestra esperanza, viviríamos confiados en el amor de Dios y aumentaría nuestra entrega, con respuesta cada vez más generosa.

4.- Vivir la vida cristiana es vivir de la fe. No basta con conocer y aceptar las verdades de la fe, sino que exigen ser vividas. La palabra de Dios exige una respuesta que hay que dar con toda nuestra persona. La fe sin obras poco vale. El Señor quiere que vivamos las 24 horas del día bajo la luz de la fe: fe en su amor, en su sabia Providencia, en su omnipotente y misteriosa acción.

Todos los acontecimientos y sucesos de nuestra vida están pensados y medidos por la amorosa mano de Dios, nuestro Padre; es Él el que todo lo va tejiendo para que nos enteremos que nos ama intensamente. Decimos que creemos en Dios, pero nos cuesta trabajo creer en su acción. ¿Cómo reaccionamos ante una desatención, ante

una palabra que molesta, ante un cambio de planes que nos desbarata el nuestro, ante una molestia física, ante la enfermedad, ante las dificultades familiares y laborales? Los que viven de fe, cuando llega la contrariedad, responden con una mirada al Señor, llena de confianza: "Padre, hágase tu Voluntad". Sin quejas, convencidos de que todo lo que sucede es, porque así lo permite su Padre.

Vamos a enamorarnos de la acción de Dios, que es sabia, justa y santa, que sólo quiere nuestro bien. De este creer en el amor de Dios Padre ha de venirnos toda la paz, el gozo y la fuerza que necesitamos para caminar como hijos suyos. Si tuviéramos conciencia del amor personal que nos tiene el Señor lo tendríamos todo hecho. ¡Y cuántas pruebas hemos experimentado ya en nuestra vida de su atención amorosa hacia cada uno de nosotros! Hemos de ser más reflexivos y pedirle al Señor que aumente nuestra fe: "Creo, Señor, pero aumenta mi fe". Fe en la constancia de su amor, que no se detiene ante nuestras infidelidades, ante nuestra tibieza, ante nuestra capacidad de traicionarle. Fe en la fuerza misteriosa y arrolladora de su Gracia, capaz de transformar radicalmente nuestras vidas y la de los nuestros.

5.- La fe es un acto personal. Pero no es un acto aislado. Nadie puede creer solo, como nadie puede vivir solo. Nadie se ha dado la fe a sí mismo, como nadie se ha dado la vida a sí mismo. El creyente ha recibido la fe de otro, debe transmitirla a otros". Por medio de la Iglesia recibimos la fe, y como miembros de la Iglesia, "nuestro amor a Jesús y a los hombres nos impulsa a hablar a otros de nuestra fe". Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes". ¿Somos conscientes del gran don de la fe que hemos recibido y de la responsabilidad que tenemos de transmitirla a otros? En la medida en que vayamos viviendo de fe, se irá despertando en nosotros un verdadero celo por comunicarla a los demás. El testimonio del que vive de fe es siempre fecundo. Su testimonio y su habla iluminan a los que buscan la verdad, sostiene y confirma a sus hermanos en la fe y despierta respuestas más generosas. Son muchas las personas, empezando por nuestros hijos, que, mediante nuestro testimonio, podrán encontrar a Cristo y hallar en Él la razón para luchar y para darse, la razón para vivir y para morir.

6.- Que la Virgen María, que realizó de la manera más perfecta la obediencia de la fe, nos obtenga la gracia de poderla imitar viviendo cada día con más plenitud nuestra fe.



11. LA FE SE VIVE EN EL NOSOTROS DE LA IGLESIA

Y ahora una reflexión sobre una dimensión importante y muy práctica para la vida de fe: Vivir la fe ‘en Iglesia’, en la Iglesia.

Hay una realidad que pertenece a la esencia del cristianismo y que está presente de manera transversal en todo el magisterio de Benedicto XVI. A ella vuelve constantemente en sus mensajes y enseñanzas al Pueblo de Dios. No es un tema, pero se encuentra en todos los temas. Esa realidad es que *la fe sólo se puede vivir en el “nosotros” de la Iglesia*. Necesitamos reflexionar y asimilar cada día más esta realidad en nuestra relación con Dios y en el servicio apostólico a nuestros hermanos.

La fe no es adhesión a unas verdades abstractas, sino comunión con Jesucristo que transforma toda la manera de pensar y de vivir del

creyente y de su entorno. ¿Cuál es ese “nosotros” en el que la fe puede ser vivida?

El “nosotros” de la Iglesia es el “nosotros” concreto de la pequeña comunidad

1. *El “nosotros” de la Iglesia en el que se hace posible vivir la fe es, bajo un aspecto, el “nosotros” concreto y cercano de la pequeña compañía de amigos, de la comunidad de camino, del grupo de hermanos en el que nace, se nutre, crece y madura la vida en Cristo.* La fe sólo se puede vivir dentro de una amistad verdaderamente cristiana. Puede darse en la familia natural cristiana, en una familia espiritual; en un pequeño grupo de amigos, de matrimonios, de jóvenes, de seminaristas; en una comunidad parroquial.

La fe es siempre y esencialmente un creer junto con los otros. Nadie puede creer por sí solo. Recibimos la fe mediante la escucha, nos dice san Pablo. Y la escucha es un proceso de estar juntos de manera física y espiritual. (...) El poder creer se lo debo ante todo a Dios que se dirige a mí y, por decirlo así, “enciende” mi fe. Pero muy concretamente, debo mi fe a los que me son cercanos y han creído antes que yo y creen conmigo. Este gran “con”, sin el cual no es posible una fe personal, es la Iglesia. (...) Esto pone de relieve la importancia del intercambio espiritual que se extiende a través de toda la Iglesia (Erfurt, 24.09.2011). ¡Cuán grande es el amor de Dios por cada uno de nosotros! No sólo ha tenido la misericordia de “encender la fe” en nuestro corazón, sino que además nos da hermanos cercanos que han creído antes que nosotros, que ahora creen con nosotros, y gracias a este don podemos actualmente creer, podemos crecer en la amistad con Cristo, en la comunión con Dios, vivir y transmitir la fe. ¡Cuánta gratitud suscita este gran amor de Dios por nosotros! Grandes son las obras del Señor, dignas de estudio para los que las aman (Sal 110, 2). Es impresionante el intercambio espiritual que se da en toda la Iglesia, en cada tiempo y entre los diversos tiempos de su historia: celebraciones, predicaciones, catequesis, encuentros, experiencias personales y comunitarias, testimonios de vida y muerte, escritos, etc. El intercambio espiritual con otros hermanos que sinceramente están buscando a Dios es indispensable para vivir la fe y crecer en la comunión con Dios en Cristo.

Siempre podemos creer solamente en el “nosotros”. A veces digo que san Pablo ha escrito: “La fe viene de la escucha”, no del leer. Tam-

bién se necesita leer, pero la fe viene de la escucha, es decir, de la palabra viviente, de las palabras que los otros me dirigen y que puedo oír; de las palabras de la Iglesia a través de todos los tiempos, de la palabra actual que ella me dirige mediante los sacerdotes, los obispos y los hermanos y hermanas. De la fe forma parte el “tú” del prójimo, y forma parte de ella el “nosotros”. El ejercitarse, el apoyarse mutuamente es algo muy importante; aprender a acoger al otro en su diferencia, y aprender que él tiene que soportarme a mí en mi diferencia, para llegar a ser un “nosotros”, para que un día podamos formar una comunidad también en la parroquia, llamar a las personas a entrar en la comunidad de la Palabra y ponerse juntos en camino hacia el Dios vivo (Friburgo, 24.09.2011). Todos hemos conocido personas muy concretas a quienes debemos, después de Dios, la fe que hemos recibido, el camino que hemos recorrido. También debe haber otras que han influido mucho en nuestro caminar queriendo seguir al Señor y que no conocemos: sólo Dios conoce todos los vínculos interiores de la comunión de los santos. Pero muchas de las gracias y dones que hemos recibido del Señor tienen rostros concretos de padres, hermanos y amigos, hermanas y madres, que han sido mediaciones a través de las cuales Dios nos ha querido atraer a Él. A ellos, que han creído antes que yo y creen ahora conmigo, debo mi fe. Damos gracias al Señor por el don de estas personas cercanas. Necesito escuchar esa palabra viviente y actual, palabra de vida, de mis hermanos en la fe, que me comunican las palabras de la Iglesia, y en ellas, la palabra que Dios tiene para mí en este momento de la vida. Es importante, para ello, estar juntos física y espiritualmente. ¡Qué importantes y necesarios son los encuentros! *Siempre unidos y frecuentemente reunidos.* ¡Cuán necesario es el apoyo mutuo para crecer en la fe! ¡Cuánta falta hace el ejercicio de aprender a acoger al otro en su diferencia como una riqueza y un don de Dios para mí y para todos! ¡Cuánta comprensión necesitamos tener hacia quienes deben soportarnos a nosotros! ¡Cuánta fe, caridad y humildad necesita la vida de comunión con Dios y entre los hombres: el misterio de la Iglesia!

No se puede seguir a Jesús en solitario

Ser cristiano es poner a Cristo, el Hijo de Dios, en el centro de nuestra vida. Pero seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien cede a la tentación de ir “por su cuenta” o de vivir la fe según la mentalidad indi-

vidualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él. Tener fe es apoyarse en la fe de tus hermanos, y que tu fe sirva igualmente de apoyo para la de otros (Madrid, 21.08.2011). “Ir por nuestra cuenta” es la gran tentación que todos tenemos a la hora de vivir la fe. Queremos seguir a Cristo, pero a nuestro modo. Queremos vivir la fe, pero cuidando de que no cuestione ciertos aspectos de nuestro modo de ser que no estamos dispuestos a cambiar; que no toque ciertas aficiones desordenadas que no queremos dejar; que no nos mueva el piso. Y sobre todo queremos seguir a Cristo como hombres “adultos en la fe”, autónomos, autosuficientes, “libres”, que no necesitan de otros para nutrir su espíritu, fortalecerse en las pruebas, dar cuenta de sus decisiones y actuaciones, consultar el camino a seguir, interpretar los acontecimientos, comprender la Palabra de Dios, recibir luz, fuerza y ánimo; nos creemos buenos jueces en nuestra propia causa y nos fiamos de nuestro juicio. De esta manera, corremos el riesgo descrito por el Papa: *no encontrar nunca a Jesucristo*. Tener fe es apoyarte en la fe de tus hermanos.

No vivimos solos en el mundo. Precisamente en las cosas importantes de la vida tenemos necesidad de otros. En particular, no estamos solos en la fe, somos eslabones de la gran cadena de los creyentes. Ninguno llega a creer si no está sostenido por la fe de los otros y, por otra parte, con mi fe, contribuyo a confirmar a los demás en la suya. Nos ayudamos recíprocamente a ser ejemplos los unos para los otros, compartimos con los otros lo que es nuestro, nuestros pensamientos, nuestras acciones y nuestro afecto. Y nos ayudamos mutuamente a orientarnos, a discernir nuestro puesto en la sociedad (Friburgo, Vigilia, 24,09.2011). Todos hemos experimentado, por una parte, nuestra indigencia, nuestra pobreza, nuestra inmensa necesidad de los demás y de Dios. Y gracias a Dios también hemos tenido experiencia del gran don de la amistad cristiana. Nuestra fe necesita ser sostenida por el testimonio, la oración y el estímulo de buenos amigos. También nuestra fe puede confirmar a otros en la suya. ¡Cuánto necesitamos el ejemplo, el pensamiento y el afecto de buenos amigos! ¡Cuánto necesitamos abrirnos para compartir lo que pensamos, vivimos y sentimos a fin de crecer en Cristo! La finalidad de la amistad cristiana en la Iglesia es la ayuda mutua para orientarnos en la vida, para descubrir la voluntad de Dios en las diferentes circunstancias y animarse a realizarla, para discernir nuestro puesto en la Iglesia y en

la sociedad, llevar a cabo la misión que Dios nos ha dado en su plan de salvación.

Todo esto ha sido puesto nuevamente de relieve en el mensaje de cuaresma 2012. La caridad que el Espíritu Santo infunde en cada bautizado en la Iglesia suscita la responsabilidad para con el hermano. *“Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras” (Hb 10,24). El otro me pertenece, su vida, su salvación, tienen que ver con mi vida y mi salvación. (...) La atención al otro conlleva desear el bien para él o para ella en todos los aspectos: físico, moral y espiritual. Esta corresponsabilidad y reciprocidad implica la corrección fraterna en las comunidades cristianas. Es importante recuperar esta dimensión de la caridad cristiana. Frente al mal no hay que callar —el primer mal que no hay que callar es ante todo el que existe en nuestro interior—. Pienso aquí en la actitud de aquellos cristianos que, por respeto humano o por simple comodidad, se adecuan a la mentalidad común, en lugar de poner en guardia a sus hermanos acerca de los modos de pensar y de actuar que contradicen la verdad y no siguen el camino del bien. Sin embargo, lo que anima la reprensión cristiana nunca es un espíritu de condena o recriminación; lo que la mueve es siempre el amor y la misericordia, y brota de la verdadera solicitud por el bien del hermano. (...) En nuestro mundo impregnado de individualismo, es necesario que se redescubra la importancia de la corrección fraterna, para caminar juntos hacia la santidad... Es un gran servicio ayudar y dejarse ayudar a leer con verdad dentro de uno mismo, para mejorar nuestra vida y caminar cada vez más rectamente por los caminos del Señor*

Estas pequeñas comunidades, en las que se hace posible vivir la fe que Dios enciende en nosotros, forman parte de los nuevos caminos de evangelización que la Iglesia necesita impulsar en la actualidad para responder eficazmente a la crisis de fe que hay en su interior y en el mundo, para promover una verdadera renovación en la fe. Uno de estos caminos podrían ser pequeñas comunidades donde se vive la amistad que se profundiza regularmente en la adoración comunitaria de Dios. Aquí hay personas que hablan de sus pequeñas experiencias de fe en su puesto de trabajo y en el ámbito familiar o entre sus conocidos, testimoniando de este modo un nuevo acercamiento de la Iglesia a la sociedad. A ellos les resulta claro que todos tienen necesidad de este alimento de amor, de la amistad concreta con los otros y con Dios. Pero

sigue siendo importante la relación con la savia vital de la Eucaristía, porque sin Cristo no podemos hacer

La fe sólo se puede vivir en una comunidad de amigos en camino hacia Dios. Esta realidad ha sido uno de los puntos centrales de la vida, el mensaje y la obra del Padre, el siervo de Dios José Soto Chuliá. *Para mí, después de Dios, el mejor medio y la mejor ayuda es la amistad espiritual. El verdadero amigo es aquel que con su oración, ejemplo y palabra me ayuda a salir de mí y a pasarme a Dios. Sin esta amistad espiritual, os hundiréis. Todo lo que se diga de ella es poco. El que se quede solo, se hundirá. ¡Cuán necesario es el grupo de amigos! Para que haya un verdadero grupo se requiere una gran sinceridad para decirse las cosas y para agradecer lo que a uno le dicen. Digámonos las verdades y se consolidará nuestra amistad. La quintaesencia de la amistad es la corrección fraterna. La gracia de la corrección fraterna es una gracia que debe merecerse, y para merecerse se debe tomar en serio la renovación personal. La corrección fraterna es la nata de la caridad. Y es un precepto, no un consejo. La corrección fraterna es consustancial a la vida cristiana y al equipo (Apuntes).*

El “nosotros” de la Iglesia es, al mismo tiempo la Iglesia universal

2. El “nosotros” de la Iglesia en el que se hace posible vivir la fe es, al mismo tiempo, la gran compañía de amigos de la Iglesia universal.

Es necesario *mirar siempre más allá del “nosotros” concreto y limitado de la pequeña comunidad de camino, del grupo de amigos, hacia el gran “nosotros” de la Iglesia de todo tiempo y lugar, para no hacer de nosotros el criterio absoluto. Cuando decimos: “Nosotros somos Iglesia”, sí, claro, es cierto, somos nosotros, no uno cualquiera. Pero el “nosotros” es más amplio que el grupo que lo está diciendo. El “nosotros es la comunidad entera de los fieles, de hoy, de todos los lugares y todos los tiempos (Friburgo, Seminaristas, 24.09.2011).* No sólo la comunión de fe con los miembros de la Iglesia que en la actualidad están esparcidos por todo el mundo, sino también la comunión con los cristianos de todos los siglos que nos han precedido y transmitido la fe.

El “nosotros” de la Iglesia universal es el “nosotros” de los Apóstoles. La fe cristiana tiene como fundamento la fe apostólica. No hay verdad ni comunión en la Iglesia si no hay comunión con la fe de los Apóstoles. Una enseñanza o forma de vida que contradijera o se apartara de los

contenidos esenciales de la fe apostólica no estaría en el “nosotros” de la Iglesia (ib.)

El “nosotros” de la Iglesia universal es el “nosotros” de los santos. Ellos han sido hombres y mujeres de fe, que han vivido en profunda comunión con Dios en Cristo, han interpretado y vivido la Escritura, han transformado el mundo. Nuestra fe es o puede ser la misma que la de Pedro, Pablo, Juan, Agustín, Gregorio, Crisóstomo, Francisco, Tomás, Ignacio, Juan de Ávila, Teresa, y tantos otros. Así como ellos vivieron en comunión con Cristo, y por Él, con la Trinidad, también nosotros podemos vivir en la misma comunión con Jesús, y en Él, estamos profundamente unidos a todos (ib.).

Y no puede haber mayoría en la Iglesia contra los Apóstoles y los santos. Aunque una opinión, práctica o modo de obrar fueran avalados por gran número de estudiosos, clérigos y fieles, si va contra la fe de los Apóstoles y de los santos, no formaría parte del “nosotros” de la Iglesia (ib).

Esta comunión de la Iglesia universal, católica, que hace posible vivir la fe, se recibe de Dios a través de los sacramentos, y en especial, de la Eucaristía. *La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia. La Iglesia vive de la Eucaristía.* Es decir, de Cristo Resucitado. Él, Dios y hombre verdadero, es la fuente de la comunión de los hombres con Dios y entre sí. Es la savia vital de toda comunión (cf. Friburgo, ZDK, 24,09.2011).

Esta comunión de la Iglesia universal en la que únicamente se puede vivir la fe surge también de Dios, que nos habla en la Escritura y en la Tradición. Y la Palabra de Dios sólo se puede auténticamente interpretar, vivir y transmitir en la comunidad viva de la Iglesia. *La auténtica hermenéutica de la Biblia sólo es posible en la fe eclesial. (...) El lugar originario de la interpretación escriturística es la vida de la Iglesia. Nunca podemos leer solos la Escritura. Encontramos demasiadas puertas cerradas y caemos fácilmente en el error. La Biblia ha sido escrita por el Pueblo de Dios y para el Pueblo de Dios bajo la inspiración del Espíritu Santo. Sólo en esta comunión con el Pueblo de Dios podemos entrar realmente con el “nosotros”, en el núcleo de la verdad que Dios mismo quiere comunicarnos (...) Una auténtica interpretación de la Biblia ha de concordar siempre armónicamente con la fe de la Iglesia católica (Verbum Domini, 29-30).*

En el “nosotros” de la Iglesia universal que nos hace posible vivir la fe tiene un lugar decisivo la comunión con el Vicario de Cristo en la

tierra, *principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y comunión (Lumen gentium, 18)*. Quien rehúsa la adhesión, fidelidad y obediencia al Sucesor de Pedro se coloca fuera del “nosotros” de la Iglesia.

Introducirse en el “nosotros” de la Iglesia para vivir la comunión con Cristo en que consiste la fe implica también el amor, respeto y obediencia al propio obispo en comunión con el Papa. Una obediencia fundamentada en la fe que permite ver a Cristo en su Iglesia, y de manera especial en su Vicario en la tierra y en su vicario en la diócesis.

La fe vivida en el “nosotros” de la Iglesia nos estimula

3. La realidad de que la fe sólo se puede vivir en el “nosotros” de la Iglesia nos estimula:

- A amar a la Iglesia: *Os pido, queridos amigos, que améis a la Iglesia, que os ha engendrado en la fe, que os ha ayudado a conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor (Madrid, 21.08.2011)*.
- A rechazar la tentación del individualismo, de apoyarnos en nosotros mismos, de “ir por nuestra cuenta”, y a abrirnos a la mediación de la Iglesia para el encuentro con Dios, a la necesidad de los hermanos en la fe para caminar juntos, como compañía de amigos, hacia la santidad, hacia Dios.
- A colaborar con la gracia de Dios para eliminar de nuestro corazón todo lo que daña la comunión dentro del grupo o comunidad de vida: espíritu propio, rivalidad, desconfianza, susceptibilidad, apego al propio parecer y voluntad, orgullo, deseo de figurar o dominar.
- A valorar la necesidad e importancia del intercambio espiritual que se da en las celebraciones, encuentros, convivencias, reuniones, diálogos y las diversas formas de comunicación, para confirmarse en el ideal y animarnos a vivirlo con toda fidelidad.
- A vivir en la fe nuestra relación con los obispos, así como el estudio, adhesión y amor al Papa.



12. TESTIMONIOS

Hemos leído en la Porta Fidei estas palabras: “Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de

muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin.”. Nos ha parecido que sería bueno ofrecer algunos testimonios.

Podríamos elegir cualquiera de las impresionantes historias de los muchísimos santos y mártires de la historia de la Iglesia, antiguos o reciente, pero nos hemos inclinado por testimonios más actuales; casi todos viven todavía. Algunos se presentaron en encuentros con el Papa. Aquí cabrían vuestros propios testimonios. Si lo pensáis, detrás de los criterios y actitudes de cada uno, se adivina la vida de fe.

1. Joven disminuida física

Querido Santo Padre (Juan Pablo II):

Gracias por estar con nosotros, por ayudarnos con su palabra y con su ejemplo a seguir a Jesucristo.

Soy Lourdes, disminuida física. Mi discapacidad me afecta al habla. No puedo hablar y tampoco puedo andar; por ello debo utilizar una silla de ruedas.

Durante mucho tiempo he vivido angustiada. A menudo me he preguntado cuál era el sentido de mi vida y por qué me ha pasado esto a mí. Esta pregunta ha sido constante y la prueba ha sido dura. Durante años la única respuesta ha sido descubrir cada mañana que estaba siempre en el mismo sitio: atada a una silla de ruedas. A veces he sentido que me habían arrancado la esperanza. Me sentía como si llevara una cruz, pero sin el aliento de la fe.

Un día descubrí a Jesucristo y cambió mi vida. El Señor con su gracia me ayudó a recobrar la esperanza y a caminar hacia delante. Ahora, cuando veo a otros jóvenes enfermos al lado mío pienso que mi cruz es muy pequeña comparada con la de ellos, y me gustaría mostrarles cómo yo encontré al Señor para transformar su dolor en un camino de esperanza, de vida y de santidad.

La fe fortalece mi vida. Cada día me pongo en las manos de Dios. Él me da fuerza. El me ayuda siempre a superar los momentos difíciles y ha puesto a mi lado muchas personas que me quieren y me animan a seguir con alegría mi camino de fe.

Santo Padre: soy una joven como todos los que le acompañan en esta tarde. Soy consciente de que tengo una minusvalía, pero me siento útil y, por ello, alegre. Sé que mi silla de ruedas es como un altar

en el que, además de santificarme, estoy ofreciendo mi dolor y mis limitaciones por la Iglesia, por Vuestra Santidad, por los jóvenes y por la salvación del mundo.

En mi Vía-Crucis me siento alentada por el testimonio de Vuestra Santidad, que lleva también sobre sus hombros la cruz de la enfermedad y de las limitaciones físicas y, además, el dolor y el sufrimiento de toda la humanidad. ¡Gracias, Santo Padre, por su ejemplo!

Lourdes Cuni

2. Un matrimonio

Querido Santo Padre (Juan Pablo II):

Somos una familia española que le está enormemente agradecida. Hemos tenido la suerte de participar en la Jornadas Mundiales de la Juventud en Santiago de Compostela, Czestochowa, Paris y Roma en el año jubilar, y estas jornadas han marcado nuestras vidas. Comprendimos que merecía la pena ofrecer nuestra juventud a Cristo pues sólo Él da sentido a nuestra vida. Con su ejemplo, Santo Padre, hemos aprendido que se puede seguir siendo joven a pesar de la edad, del dolor y de la enfermedad.

Recordamos las palabras que dijo Tor Vergata sobre las dificultades para vivir un noviazgo cristiano. Sus palabras nos ayudaron a definir nuestro camino, conscientes de que el noviazgo es la antesala del matrimonio, y que el verdadero matrimonio es cosa de tres: Dios, el hombre y la mujer. Damos gracias a Dios por nuestra primera hija y le pedimos estar siempre abiertos a la vida a pesar de las dificultades. Que nos ayude a ser testigos, a través del matrimonio, del amor de Dios a los hombres, defendiendo y promoviendo en privado y en público el carácter sagrado del matrimonio, como unión indisoluble del hombre y la mujer, abiertos a la vida, donde el hijo no es ni una amenaza a la comodidad, ni un derecho de los padres, sino un regalo de Dios que ha de acogerse con alegría.

Gracias también, Santo Padre, por su valentía, por su lucha incansable en defensa de los derechos del hombre, en especial de los pobres, los marginados, los enfermos, los no nacidos, los moribundos, y por su lucha a favor de la paz. Nos ha hecho conscientes de que seguir a Jesucristo implica muchas veces ir contra corriente, exigiéndonos un testimonio valiente en una sociedad que a menudo vive de espaldas a Dios.

Gracias por exhortarnos a hacernos presente en la vida pública y a impregnar este mundo del espíritu del Evangelio. Gracias por animarnos a desear la santidad, la misma que mañana contemplaremos en los Beatos que serán canonizados. También nosotros deseamos ser santos, aunque experimentamos la fragilidad y el pecado. Estamos convencidos de que la gracia y el perdón de Dios son más fuertes que nuestra debilidad.

Queremos darle gracias también por toda su vida: por su dedicación a la Iglesia, por su entrega total a Jesucristo, y por su amor grande a la juventud.

Y gracias por llevarnos a María, guía segura para alcanzar a Jesucristo. También nosotros queremos decir: *Totus tuus*.

3. El presentimiento de la gloria de un joven ante la muerte.

Francesc Castelló Aleu era novio de Maria Pelegrí que ya había perdido dos hermanos. La carta que le envió y que a continuación se reproduce, hizo derramar lágrimas al Papa Pío XI, que encontró en ella el talante de los primeros mártires cristianos. Año 1936. Está escrita en la cárcel de Lleida pocas horas antes de ser fusilado.

“Querida Marion: ”

Nuestras vidas se han juntado y Dios ha querido separarlas. A El ofrezco, con toda la intensidad posible, el amor que te tengo, un amor intenso, puro y sincero.

Siento tu desgracia, no la mía. Siéntete orgullosa: dos hermanos y tu novio. Pobre Marion.

Me pasa una cosa extraña: no puedo sentir ninguna pena por mi suerte. Una alegría interna, intensa, fuerte, me invade. Quisiera hacerte una carta triste de despedida, pero no puedo. Estoy todo yo envuelto de ideas alegres como un presentimiento de gloria.

Querría hablarte de lo mucho que te hubiera querido, las ternuras que te tenía reservadas, lo felices que habríamos sido. Pero para mí todo eso es secundario. He de dar un gran paso.

Una cosa he de decirte: cástate, si puedes. Yo desde el cielo bendeciré tu unión y tus hijos.

No quiero que llores, no lo quiero.

Siéntete orgullosa de mí. Te quiero. No tengo tiempo para nada más. Francisco”.

4. Carta-Testamento de Alejandro Serenelli, Asesino de Santa María Goretti, mártir de la castidad

Soy un anciano de casi 80 años, próximo a concluir mi vida. Al dar una mirada al pasado, reconozco que en mi primera juventud seguí un camino falso, la vía del mal me condujo a la ruina.

Yo veía a través de la prensa, los espectáculos y los malos ejemplos, que la mayor parte de los jóvenes sigue aquel camino, sin pararse a pensar, y tampoco yo me preocupé de ello.

Tenía cerca de mí a personas creyentes y practicantes, pero no les hacía caso, cegado por una fuerza bruta que me empujaba hacia un mal camino. A los 20 años consumé el delito pasional, del cual me horrorizo con solo recordarlo.

María Goretti, hoy santa, fue el ángel bueno que la Providencia había puesto delante de mis pasos para salvarme.

Aún tengo impresas en el corazón sus palabras de reprensión y de perdón. Rezó por mí, su asesino.

Siguieron 30 años de prisión; si no hubiera sido menor de edad, habría sido condenado a cadena perpetua.

Acepté la sentencia merecida, resignado expié mi culpa.

La pequeña María fue verdaderamente mi luz, mi protectora: con su ayuda me porté bien durante los 27 años de cárcel e intenté vivir honestamente cuando la sociedad me aceptó entre sus miembros.

Los hijos de San Francisco, los menores capuchinos de Las Marcas, con caridad seráfica me han acogido entre ellos, no como siervo, sino como hermano, y con ellos convivo desde hace 24 años. Ahora espero sereno el momento de ser admitido a la visión de Dios, de volver a abrazar a mis seres queridos, de estar cerca de mi ángel protector y de su querida madre Asunta.

Espero que quienes lean esta carta puedan sacar la feliz enseñanza de huir del mal y de seguir siempre el bien.

Desde niños piensen que la religión, con sus preceptos, no es algo de lo que se pueda prescindir, sino que es el verdadero consuelo, el único camino seguro en todas las circunstancias, también en las más dolorosas de la vida. Paz y bien.

Alejandro Serenelli

5. Un sacerdote da testimonio del camino de su vocación:

Alexander Fix, Kazajstán

(En encuentro del Papa Benedicto XVI con seminaristas en Colonia)

¡Su Santidad, estimados hermanos en el sacerdocio, estimados seminaristas!

He sido elegido para hablar acerca de mi vocación personal al sacerdocio. Cada vocación es única y especial.

Nací en un pequeño pueblo de Kazajstán en el año 1971. Crecí al lado de mis padres y abuelos. Mis abuelos, sobre todo mi abuela guardaba una fe profunda y firme, a pesar de las más duras persecuciones. Cuando yo era pequeño oí de Jesús por mi abuela. Aprendí de ella algunas oraciones, pero en la escuela perdí mi fe. Era en tiempos del régimen comunista en la Unión Soviética. Los profesores me solían preguntar: “¿Cuántos años fue tu abuela a la escuela?” Yo respondía: “Dos”. Entonces me decían: “Mira, tu ya has ido a la escuela más años que tu abuela. Tú ya sabes mucho más y no necesitas creer en Dios.” Y la autoridad de los profesores destruyó mi fe. Así crecí como un ateo.

Como muchos otros jóvenes en la Unión Soviética, al terminar la escuela me planteaba qué camino debía seguir en el futuro. Decidí ingresar en la escuela militar para ser oficial. Ingresé en la escuela militar en Siberia y estuve dos años allí. En este tiempo vi lo corrompido y malvado que era todo el sistema, especialmente en el ejército. Allí reinaba el odio entre los soldados y entre soldados y oficiales. Un buen número de oficiales perseguían su propia carrera sin ninguna consideración. Comprendí que ese no era mi camino.

Me di cuenta que eran dos cosas distintas ver la Armada Roja en la televisión y estar uno mismo en ella. Me decidí a dejar la Armada Roja. Pero en ese tiempo se les ponían muchas dificultades a los cadetes que querían dejar el ejército, con el fin de disuadir a otros de una posible salida, mediante el miedo.

Cuando visitaba a mis abuelos, le contaba a mi abuela toda mi situación y también las dificultades. Entonces me decía ella: “Hijo mío, reza y el buen Dios te ayudará”. Estas palabras sencillas de mi abuela, dichas en la situación en que me encontraba, fueron para mi como un “impulso de la gracia”. Me copié las oraciones -el “Padre Nuestro” y el “Ave María”- y comencé a rezar. Cuando en el ejército tenía mis guardias por la noche, rezaba y sentía la presencia de Dios tan intensamente, que me decía a mí mismo: “Qué tonto era al no creer en

Dios". Concluí feliz mi tiempo en el ejército y volví a casa. Paso a paso fui entrando más profundamente en la fe a través del rezo del rosario y de la lectura de la Biblia. Después de dos años sentí en mi corazón la llamada al sacerdocio.

En 2001 fui ordenado sacerdote en Astana, la capital de Kazajstán. Estoy muy contento de que mi arzobispo, Tomash Peta, quien me ordenó, participo también con un grupo de jóvenes de todo Kazajstán en este encuentro mundial de jóvenes.

En nombre de todos nuestros fieles pido a Su Santidad que rece por Kazajstán y que nos bendiga. Muchas gracias.

6. "El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres"

Conchi Prudencio Seseña

Aprovechando la invitación de nuestro Arzobispo, don Antonio Cañizares, las familias del pueblo de Burujón Prudencio Seseña y Lázaro Carrasco de Torres, nos asomamos a la ventana de esta revista, abierta a toda la Diócesis, para dar testimonio de nuestra vivencia desde la muerte de Conchi, mi hija, ocurrida al amanecer del pasado 11 de noviembre en accidente de tráfico, y para contar algunos rasgos destacables en ella durante su vida.

Su repentina muerte ha sido un golpe muy duro para Antonia, su madre, para mí y para Fernando Lázaro, su novio; ese día era el cumpleaños de él, y un mes más tarde hubieran consagrado su amor con el sacramento del matrimonio.

Conchi María Concepción Prudencio Seseña, nació el 8 de diciembre de 1979, festividad de la Inmaculada Concepción, y desde su más tierna infancia procuramos enseñarle a querer a la Virgen, nuestra Madre del Cielo, y enseguida dio muestras de un sincero y ferviente amor hacia ella: honrándola y venerándola, pero sobre todo intentando imitarla y poniéndola como mediadora para llegar a su hijo Jesús.

Conchi quería ser santa y sabía que quien mejor podía ayudarla era María. Cada mañana se ofrecía al Señor por medio de su Madre, y tenía al Señor como centro de su vida: su familia, su noviazgo, sus estudios, su trabajo, sus relaciones personales... en cada momento procuraba dar gloria a Dios.

El Señor se manifestó en ella dándole grandes dotes intelectuales y gran capacidad de trabajo, que complementó con su esfuerzo y sa-

crificio desde los primeros años de estudio en EGB, el Bachillerato y posteriormente en su carrera de medicina, terminando todo con Matrícula de Honor. Por ello, la Fundación San Nicolás de Bari, de la Real Academia de Medicina, le concedió el premio a uno de los expedientes académicos más brillantes de su promoción. Meses más tarde aprobó el MIR, quedando en quinto puesto a nivel nacional, y el 1 de junio de 2004 comenzó su trabajo en el Hospital Virgen de la Salud de Toledo como médico residente en pediatría, especialidad que eligió por su gran amor a los niños, que les consideraba la alegría y esperanza de nuestra sociedad.

Ningún mérito consiguió envanecerla y nunca perdió su sencillez y humildad porque estaba segura de que sus éxitos eran fruto de los "talentos" recibidos de Dios, eje de su existencia, y sabía que debía multiplicarlos al máximo y darlos a los demás para mayor gloria de Nuestro Señor. Desde muy pequeña se enriqueció de la espiritualidad que le rodeaba: la familia, el seminario donde estudiaron sus hermanos, los conventos de religiosas de clausura que visitaba con sus padres, los colegios por los que pasaba, los sacerdotes con los que conversaba, los libros que leía...

Poseía una personalidad muy madura y una fe recia e inquebrantable y daba mucha importancia a la oración y a vivir en gracia. Desde su niñez hasta su muerte no sólo rezaba en casa, sino que antes de empezar sus clases o su trabajo visitaba al Señor en la capilla del lugar en que se encontraba, orando y ofreciendo, de rodillas, ante el Sagrario, su día y su esfuerzo a Dios Nuestro Señor.

En cuanto a su noviazgo y sus planes de futuro matrimonial, estos estaban dirigidos a una meta muy concreta: la santidad. Preparaba con gran ilusión su boda con Fernando y los días previos a su muerte repartieron las invitaciones en las que aparecía como saludo el salmo que encabeza este escrito: "El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres". El domingo 7 de noviembre, llevaron las tarjetas a unos amigos sacerdotes de los seminarios de Toledo y adoraron al Santísimo en sus capillas. Después confesaron con su director espiritual, un sacerdote lleno de Dios. El día anterior al accidente, tras salir de guardia del hospital, estuvo dando catequesis al grupo de 1º de confirmación y a su salida estuvo en la eucaristía y comulgó. Tras su muerte, tuvimos la suerte de encontrar dos cartas dirigidas a Fernando en las que le felicitaba por su cumpleaños, en ambas hablaba de su deseo de un matrimonio santo, pero todo lo dejaba a la voluntad del Señor, lo que confirmó la nota que apareció en su cartera con las frases

de Santa Madre Maravillas de Jesús: "Lo que Dios quiera, como Dios quiera, cuando Dios quiera". Siendo así, estando tan preparada, ¿qué mejor momento para presentarse ante el Señor? Llegó el Esposo y con la lámpara de la fe encendida y llena, cumplida su Palabra, entró radiante al banquete del cielo. ¡Qué dicha tan grande!

Ella tenía grandes planes en su vida y Dios ha querido engrandecerlos aún más. Si mi hija podía haber hecho mucho bien en su entorno familiar y profesional, más está haciendo y hará desde el cielo. Los que estamos más cerca somos conscientes de que lo único importante es ser santos, pero no despreciando esta vida, al contrario, transformando cada momento en un acto de gloria a Dios: entregándonos en el trabajo, en la familia o ayudando a todos aquellos que Dios cada día va poniendo en nuestro camino.

Damos gracias a Dios y desde aquí queremos hacer extensivo nuestro agradecimiento a todas las personas que rezan por Conchi, que notamos son muchas, a todos los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos que, según nos han comentado, piden su intercesión porque sienten que Conchi está en el Cielo, tan pendiente de ayudarnos como lo hizo en su vida mortal, y gracias a don Antonio Cañizares por su cercanía y apoyo incondicional.

¡Conchi vive en Dios! Esta es la fe, la alegría y la esperanza que tenemos, a pesar del gran dolor que humanamente es inevitable sentir.

"El que pierda la vida la recobrará". En nuestros corazones saboreamos la resurrección y "estamos alegres porque el Señor ha estado grande con nosotros".

Leonardo Prudencia Camacho

7. Chiara Badano, miembro del Movimiento de los Focolares

Adolescente que falleció en 1990, beatificada en 2010

Un partido de tenis cuando tenía 17 años fue el evento que cambió radicalmente la vida de Chiara Badano (1971–1990). Allí comenzó a sentir dolores muy fuertes. Era el principio de la enfermedad que meses después la llevó a la muerte. "Por ti, Jesús, ¡si tú lo quieres, yo también lo quiero!", eran las palabras que repetía durante su agonía.

Chiara pertenecía al Movimiento de los Focolares, fundado en Italia por Chiara Lubich en 1943.

Después de 11 años de matrimonio, a los esposos Ruggero y Maria Teresa Badano se les cumplió el sueño de la llegada de su primera y única hija: Chiara, quien nació el 29 de octubre de 1971 en una pequeña población llamada Sassello, ubicada en la región de Liguria, al norte de Italia.

“No era sólo hija nuestra. Era, en primer lugar, de Dios y como tal teníamos que educarla, respetando su libertad”, testimonia su madre.

En 1981 conoció al movimiento de los Focolares, gracias a una amiga llamada Chicca que la invitó a hacer parte del movimiento GEN (Generación nueva) “A Jesús lo puso en el primer lugar. Lo llamaba ‘mi esposo’”

De joven le gustaba cantar, bailar, jugar tenis y patinar. Amaba la montaña y el mar. “También trataba de ir a misa todos los días”, dice Maria Grazia.

Un día jugando tenis sintió un dolor muy fuerte: “Regresó a casa muy pálida y subió las escaleras”, dice su madre quien le preguntó: “¿Por qué regresaste Chiara?”. Y ella dijo: “porque durante el partido sentí un dolor tan fuerte en la espalda que se me cayó la raqueta”.

Los dolores iban empeorando. Luego le realizaron un TAC. El resultado fue el más temido: un osteosarcoma. Su madre todavía recuerda cuando llegó a casa después de la primera sesión de quimioterapia. No quería hablar: “La miraba y veía la expresión de su rostro, toda la lucha que estaba combatiendo dentro de sí para dar su sí a Jesús”. Tras 25 minutos le dijo a su madre “ahora puedes hablar”:

Chiara fue sometida a una operación que no tuvo éxito, desde entonces perdió el uso de sus piernas. Según su vice postuladora, esta joven deportista, a pesar del momento tan doloroso exclamó: “Si tuviera que elegir entre caminar o ir al paraíso, no tendría dudas, escogería el paraíso”, dijo Chiara. En ese tiempo estrechó una fuerte amistad con Chiara Lubich, fundadora del movimiento de los Focolares, a quien decidió llamarle Chiara “Luce” Badano.

Así transcurrió varios meses de agonía que la ayudaron para prepararse a su encuentro con Jesús:” “Los momentos más bellos fueron durante el último verano”, testimonia su amiga Chicca. “Ella permanecía inmóvil en su cama”, recuerda. Maria Grazia destacó la actitud de Chiara: “No lloró, no se lamentó, miraba en un mueble la imagen de Jesús”.

Chicca cuenta que la joven quiso preparar su propio funeral: los cantos de la misa, el vestido y el peinado: “Todo para ella era una

fiesta. Me dijo que quería ser enterrada con un vestido blanco, como una esposa que va a encontrarse con Jesús”.

Y le hizo una última exhortación a su madre: “Cuando me vistas, deberás repetir tres veces: Ahora Chiara ve a Jesús”. Chiara pidió que las córneas de sus ojos fueran donadas a dos jóvenes. Murió el 7 de octubre de 1990. Las últimas palabras a su madre fueron: “Sé feliz porque yo lo soy”.

8. Hna. Geneviève UWAMARIYA, religiosa de Namur (RUANDA)

Intervención en el Sínodo de Obispos para África (Octubre 2009)

Compartiré con vosotros mi experiencia de reconciliación con los presos, presuntos culpables de genocidio. Asimismo, os haré partícipes de los frutos de mi testimonio ante ellos y ante sus víctimas supervivientes.

Soy una superviviente del genocidio de los Tutsi de Ruanda en 1994.

Gran parte de mi familia fue masacrada en nuestra iglesia parroquial. Sólo ver ese edificio me llenaba de horror y de rebelión, al igual que el encuentro con los presos, me llenaba de asco y de rabia.

Mientras vivía en este estado de ánimo, sucedió un acontecimiento que cambió mi vida y mis relaciones. El 27 de agosto de 1997, a la una, un grupo de la asociación católica las "Damas de la Misericordia Divina" me llevó a dos cárceles de la región de Kibuye, mi ciudad natal. Venían para preparar a los presos al Jubileo del año 2000. Decían: "Si has matado, si te comprometes a pedir perdón a la víctima superviviente, la ayudarás así a liberarse del peso de la venganza, del odio y del rencor.

Si tú eres una víctima, te comprometes a perdonar a quien te ha hecho daño y así la ayudarás a liberarse del peso de su crimen y del mal que lleva dentro”.

Este mensaje tuvo un efecto inesperado para mí y en mí ...

Después de esto, uno de los presos se levantó con los ojos llenos de lágrimas y cayó de rodillas suplicando en voz alta: "misericordia". Me quedé petrificada al reconocer a un amigo de familia que había crecido con nosotros y con el cual habíamos compartido todo.

Me confesó que él mismo había matado a mi padre y me contó los detalles de la muerte de mis parientes.

Me invadió un sentimiento de piedad y de compasión: lo levanté, lo besé y le dije sollozando: “tú eres y sigues siendo mi hermano”.

Entonces sentí que un gran peso desaparecía... Recuperé la paz interior y le dije gracias a la persona que estaba todavía entre mis brazos.

Con gran sorpresa, le oí gritar: “¡la justicia puede hacer su trabajo y condenarme a muerte, pero ahora yo estoy liberado!”.

Yo también quería gritar a quien quisiera escucharme: “Ven a ver a quien me ha liberado, tú también puedes recuperar la paz interior”.

A partir de este momento, mi misión fue recorrer kilómetros para llevar el correo de los presos que pedían perdón a los supervivientes. Distribuí 500 cartas y llevaba también el correo de respuesta de los supervivientes a los presos, que volvían a ser mis amigos y hermanos... Esto permitió encuentros entre verdugos y víctimas. Han sido numerosos los gestos concretos para manifestar la reconciliación.

Los presos construyeron un pueblo para las viudas y los huérfanos del genocidio;

- construyeron asimismo el monumento conmemorativo delante de la iglesia de Kibuye;

- nacieron asociaciones de ex-presos con los supervivientes en las distintas parroquias y funcionan muy bien.

De esta experiencia deduzco que la reconciliación no es tanto querer reunir a dos personas o dos grupos en conflicto. Se trata, más bien, de que en cada persona vuelva a vencer el amor y dejar que acontezca la curación interior que permite la liberación mutua.

Y aquí radica la importancia de la Iglesia en nuestros países, pues ella tiene como misión ofrecer la Palabra: una palabra que sana, libera y reconcilia.

9. Cuando mis padres perdonaron a los asesinos de mi hermano

Testimonio de Guillermo Blasco ante el Papa en Cuatro Vientos

Querido Santo Padre (Juan Pablo II):

Me llamo Guillermo Blasco. Tengo 19 años, pertenezco a una familia de seis hijos y estudio arquitectura técnica. Nací el día de la Inmaculada y la Virgen me ha llevado siempre bajo su manto. Estudié en

el Colegio de Ntra. Sra. del Recuerdo de Madrid y mis padres me han educado en la fe.

Desde niño, Santo Padre, he sentido en mi corazón algo grande. En 1998 peregriné a Santiago de Compostela con un grupo que surgía de las manos de María: los Montañeros de la Asunción. Ese camino me hizo un bien inmenso. Allí sentí que Cristo quería algo más de mí.

El 15 de agosto de 1998, día de la Asunción, murió mi hermano Fernando en Irlanda en un atentado terrorista. Tenía 12 años. Este hecho marcó mi vida de adolescente. Esa misma noche, cuando supe lo ocurrido, llamé hasta la madrugada a todos los hospitales de Irlanda. Al día siguiente, se confirmó la terrible noticia e, inmediatamente, fui a Misa con mi padre.

Entre la perplejidad y el miedo, una pequeña luz se encendió en el horizonte. Era la luz del camino de Santiago, algo que había penetrado hasta lo más profundo de mi ser. En la comunión encontré una fuerza que jamás hubiese imaginado. Nunca había visto el poder de Dios en las personas. Cuando mis padres perdonaron a los asesinos de mi hermano, su testimonio se gravó a fuego en mi corazón. Desde entonces tengo la convicción de que la Virgen ha intercedido de una forma muy especial por mi familia.

La muerte de mi hermano supuso un gran cambio para mí. Mi familia se unió como una piña, y gracias al ejemplo de mi madre, comencé a ir a Misa todos los días antes de clase. Lo necesitaba. Había descubierto que Jesús es el mejor amigo, del que nadie me puede separar. Vi también que necesitaba la fuerza interior que me da la Eucaristía.

Fueron tiempos duros, Santidad, pero la comunión diaria, y el testimonio cristiano de mis padres mantuvieron a flote mi esperanza. Peregriné a Javier, a Santiago en 1999, y en el 2000 participé con Vuestra Santidad en la inolvidable Vigilia de Tor Vergata. Allí sentí, como en Toronto, que el Espíritu Santo se derramaba sobre nosotros, igual que esta tarde lo hace en Cuatro Vientos.

Al año siguiente, Cristo quería darme algo más; algo que solo se da a quien se quiere de verdad. Me dio a su madre, a María, a quien me ha ido enseñando el inmenso amor de su Hijo. Y le ofrecí mi vida. Me consagré a ella, en la Congregación Mariana de la Asunción. Desde entonces soy de la Virgen y ella no ha dejado de protegerme.

Desde aquel día, y para siempre, intento a través de la oración, ofrecerle cada cosa que hago: cada entrenamiento, cada lámina que dibujo... Ella me ha ayudado a saborear la oración, el diálogo con el Amigo que nunca falla, que sólo me pide que me deje amar, que sólo

desea colmarme de gracias. Por eso, permítame Santidad que invite a mis hermanos, los jóvenes, a compartir el amor de María, el amor de Cristo, el Amigo fiel que nunca permite que nos sintamos solos, que sólo nos pide que le dejemos llenar nuestro corazón de su amor y que en esta tarde nos hace esta pregunta: ¿Quieres ser mi testigo, quieres ser amado?

Estoy convencido, Santo Padre, de que el secreto de la vida de Vuestra Santidad es su amor a la Virgen, expresado en el lema TOTUS TUUS. De ahí nace su fuerza para recorrer el mundo entero, a pesar de la enfermedad y los achaques físicos, como testigo de la verdad y del amor de Cristo. Gracias Santo Padre, Gracias Amigo, por venir a España y por enseñarnos que María es el camino más corto para llegar a Cristo.

Guillermo Blasco

10. Testimonio de la joven religiosa que conmovió a los jóvenes y al Papa en Madrid, en la vigilia de Cuatro Vientos

Querido Santo Padre (Juan Pablo II):

Soy la hermana Ruth de Jesús. Tengo 28 años. Pertenezco al Instituto de Hermanas de la Cruz fundado por la beata Ángela de la Cruz que mañana canonizará vuestra santidad. Ingresé en él a los 20 años.

Aunque soy juniora de votos temporales, estoy comprometida con Jesús para siempre con un amor indiviso en una vida de oración y de servicio a los mas pobres, enfermos y abandonados en sus propios domicilios. Les lavo la ropa, les arreglo la casa, hago la comida, curo sus llagas, los velo por las noches y, lo más importante, les doy todo el amor que necesitan porque en la oración Jesús me lo regala. Dios es amor, y yo se lo devuelvo amando a los pobres, entregándoles mi juventud y mi vida entera.

Antes de ingresar en el Instituto llevaba una vida normal. Me gustaba la música, las cosas bellas, el arte, la amistad, la aventura. Había soñado muchas veces con mi futuro, pero un día vi por la calle a dos hermanas que me llamaron la atención por su recogimiento, su paso ligero y la paz de su semblante. Eran jóvenes como yo. Me sentí vacía y en mi interior oí una voz que me decía: «¿Qué haces con tu vida?» Quise justificarme: «Estudio, saco buenas notas, tengo muchos

amigos». Me quedé mirándolas hasta que desaparecieron de mi vista mientras yo me preguntaba: ¿Quiénes son? ¿Adónde van?

Como Nicodemo, invité a Jesús en la noche de mi inquieto corazón y en la oración entré en diálogo con Él. Con Él, sentí la llamada de tantos hermanos que me pedían mi tiempo, mi juventud, el amor que había recibido del Señor. Y busqué. Y me encontré con la mujer que estaba más cerca del misterio de la cruz de Jesús junto a María, sor Ángela de la Cruz. Ella se había configurado tanto con la cruz de Jesús que se hizo amor para los pobres que sufren. Me cautivó y quise ser de las suyas. Y aquí estoy, Santidad, consciente de lo que he dejado.

He dejado todo lo que los jóvenes que están con nosotros esta tarde poseen: la libertad, el dinero, un futuro tal vez brillante, el amor humano, quizá unos hijos. Todo lo he dejado por Jesucristo, que cautivó mi corazón para hacer presente el amor de Dios a los más débiles en mi pobre naturaleza de barro.

Tengo que confesarle, Santidad, que soy muy feliz y que no me cambio por nada ni por nadie. Vivo en la confianza de que quien me llamó a ser testigo me acompaña con su gracia.

Gracias, Santo Padre, por su vida entregada sin reservas como testigo fiel del evangelio, por fortalecer nuestra fe, avivar nuestra esperanza y abrir nuestro corazón al amor ardiente del que sabe perder su vida para que los demás la ganen.

Gracias, Santo Padre, por su vida, que a muchos de nosotros nos ha marcado.



13. SACAR CONSECUENCIAS PARA LA VIDA

Os proponemos, para terminar, un ejercicio práctico. Lo puede hacer cada uno o se puede hacer en grupo. Se trata de sacar consecuencias a cada aspecto de nuestra fe. Sería ir terminando las frases que están empezadas y que, si lo piensas bien, dan mucho de sí. De paso meditamos el Credo en todo su alcance.

Si creo que Dios es Padre...

Si creo que Dios es todopoderoso...

Si creo que Dios es creador...

Si creo que Dios es *nuestro* creador...

Si creo que Dios es providente...

Si creo que Jesucristo es el Hijo de Dios...

Si creo que Jesús es nuestro Señor...

Si creo que es obra del Espíritu Santo...
Si creo que nació de santa María Virgen...
Si creo en las enseñanzas de Jesús...
Si creo que en sus milagros...
Si creo que padeció y fue crucificado... por mí
Si creo que murió y fue sepultado...
Si creo que resucitó...
Si creo que subió al cielo...
Si creo que nos ha de juzgar...

Si creo en el Espíritu Santo...
Si creo en la Iglesia...
Si creo que la Iglesia es una y santa...
Si creo que es apostólica: (jerarquía, laicado)...
Si creo en la comunión de los santos...
Si creo que María es Madre de la Iglesia...
Si creo en el perdón de los pecados...
Si creo en la resurrección de la carne...
Si creo en la vida eterna...

Sería muy conveniente estudiar con interés el CREDO, y cada una de sus afirmaciones, en el Catecismo de la Iglesia Católica, o bien en el Compendio del mismo, en el Youcat, o en el Tesoro de nuestra Fe.

El Papa dedicará las catequesis de los miércoles durante este Año de la Fe precisamente a comentar el Credo. Nos convendrá ir las siguiendo. Necesitamos conocer más y mejor el contenido de la fe y su alcance en todos los aspectos de nuestra vida.

14. INDULGENCIA PLENARIA POR EL AÑO DE LA FE

Para facilitar ganar la indulgencia concedida por el Papa en este Año de la Fe, ponemos aquí las condiciones que hay que observar.

... “Ya que se trata, ante todo, de desarrollar en grado sumo -por cuanto sea posible en esta tierra- la santidad de vida y de obtener, por lo tanto, en el grado más alto la pureza del alma, será muy útil el gran don de las indulgencias que la Iglesia, en virtud del poder conferido de Cristo, ofrece a cuantos que, con las debidas disposiciones, cumplen las prescripciones especiales para conseguirlas”.

“Durante todo el arco del Año de la Fe -convocado del 11 de octubre de 2012 al 24 de noviembre de 2013- podrán conseguir la Indulgencia plenaria de la pena temporal por los propios pecados impartida por la misericordia de Dios, aplicable en sufragio de las almas de los fieles difuntos, todos los fieles verdaderamente arrepentidos, debidamente confesados, que hayan comulgado sacramentalmente y que recen según las oraciones del pontífice:

A) Cada vez que participen al menos en tres momentos de predicación durante las Sagradas Misiones, o al menos, en tres lecciones sobre los Actos del Concilio Vaticano II y sobre los artículos del Catecismo de la Iglesia en cualquier iglesia o lugar idóneo.

B) Cada vez que visiten en peregrinación una basílica papal, una catacumba cristiana o un lugar sagrado designado por el Ordinario del lugar para el Año de la Fe (por ejemplo basílicas menores, santuarios marianos o de los apóstoles y patronos) y participen en una ceremonia sacra o, al menos, se recojan durante un tiempo en meditación y concluyan con el rezo del Padre nuestro, la Profesión de fe en cualquier forma legítima, las invocaciones a la Virgen María y, según el caso, a los santos apóstoles o patronos.

C) Cada vez que en los días determinados por el Ordinario del lugar para el Año de la Fe, participen en cualquier lugar sagrado en una solemne celebración eucarística o en la liturgia de las horas, añadiendo la Profesión de fe en cualquier forma legítima.

D) Un día, elegido libremente, durante el Año de la Fe, para visitar el baptisterio o cualquier otro lugar donde recibieron el sacramento del Bautismo, si renuevan las promesas bautismales de cualquier forma legítima.

Los obispos diocesanos o eparquiales y los que están equiparados a ellos por derecho, en los días oportunos o con ocasión de las celebraciones principales, podrán impartir la Bendición Papal con la Indulgencia plenaria a los fieles.

El documento concluye recordando que los fieles que "por enfermedad o justa causa" no puedan salir de casa o del lugar donde se encuentren, podrán obtener la indulgencia plenaria, si "unidos con el espíritu y el pensamiento a los fieles presentes, particularmente cuando las palabras del Sumo Pontífice o de los obispos diocesanos se transmitan por radio o televisión, recen, allí donde se encuentren, el Padre nuestro, la Profesión de fe en cualquier forma legítima y otras oraciones conformes a la finalidad del Año de la Fe ofreciendo sus sufrimientos o los problemas de su vida".

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	2
1. INAUGURACIÓN DEL AÑO DE LA FE	3
2. DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA	6
3. PABLO VI: CREDO DEL PUEBLO DE DIOS	11
4. CITAS DE LA SAGRADA ESCRITURA	19
5. PENSAMIENTOS DEL PADRE SOTO	23
6. FRASES DE LA “PORTA FIDEI” DE BENEDICTO XVI	29
7. ANTOLOGÍA DE TEXTOS	36
8. FICHAS DE UN PASADO RECIENTE	44
9. CATEQUESIS DE JUAN PABLO I SOBRE LA FE	48
10. EL DON DE LA FE, Meditación	53
11. LA FE SE VIVE EN EL NOSOTROS DE LA IGLESIA	56
12. TESTIMONIOS	64
13. SACAR CONSECUENCIAS PARA LA VIDA	79
14. INDULGENCIA PLENARIA POR EL AÑO DE LA FE	81

*“Arraigados y edificados en Cristo,
firmes en la fe” (Col 2, 7)*



AÑO DE LA FE 2012
2013

Explicación del Logo

Una barca, imagen de la Iglesia, cuyo mástil es una cruz con las velas desplegadas y el trigramma de Cristo (IHS). El sol, en el fondo, recuerda la Eucaristía.